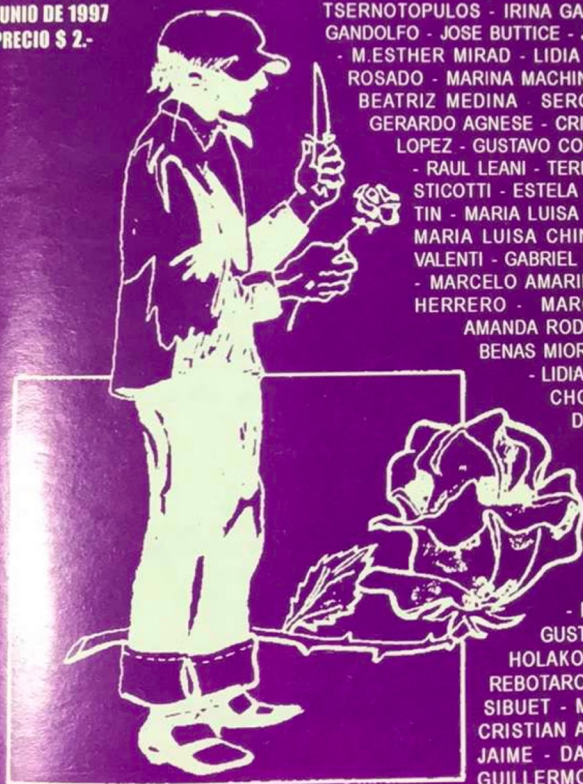


CIUDAD GOTICA

LA MEJOR LITERATURA

Nº 12 - AÑO III
JUNIO DE 1997
PRECIO \$ 2.-



MARCELO STREET - ARIEL SUAREZ - ALICIA GÖTTIG - IOANIS
TSENOTOPULOS - IRINA GARBATZKI - EDE GELABERT - FRANCISCO
GANDOLFO - JOSE BUTTICE - JORGE ALBERTO BODNAR - DIEGO DELAUX
- M. ESTHER MIRAD - LIDIA MORALES - JORGE SAVOIA - SANTIAGO
ROSADO - MARINA MACHIN - ANA MARIA SIMON - MARTHA DARIO -
BEATRIZ MEDINA - SERGIO GIOACCHINI - NAHUEL MARQUET -
GERARDO AGNESE - CRISTINA LESCANO - FLAVIA NAHON - SILVIA
LOPEZ - GUSTAVO COSOLITO - GABRIEL ROMAN - SANDRA SILVA
- RAUL LEANI - TERESITA LAFRAMONI - PABLO TOJO - CARLOS
STICOTTI - ESTELA PARODI - MIRIAM CAIRO - AUGUSTO MAR-
TIN - MARIA LUISA SICILIANI - CRISTINA TSENOTOPULOS -
MARIA LUISA CHINETTI - HECTOR PARUZZO - MARCELO
VALENTI - GABRIEL BASSI - HILDA CAPITANO - MARIO PERONE
- MARCELO AMARILLO - MARCELO SCARAVILLI - GRACIELA
HERRERO - MARCELA ARMENGOD - VICTORIA LOVELL -
AMANDA RODRIGUEZ - GUILLERMINA TSCHOPP - LIDIA
BENAS MIORINI - ALICIA TUCCIO - CAROLINA MORICONI
- LIDIA PASTUSZENKO - SUSANA SPINA - LINA MA-
CHO VIDAL - MARCELA PROSPERI - JOSE
D'ALONSO - RAQUEL MONGIELO - EUSEBIO
MAIDAGAN - FEDERICO TINIVELLA -
ABELARDO NUÑEZ - LUCIANA
PORCHIETTO - ENRIQUE GALLEGO -
CECILIA DI GIOIA - CECILIA REVIGLIO -
VIVIANA O'CONNELL - MARCELA
GALUPPO - SILVIO BALLAN - SUSANA
C.USANDIZAGA - STELLA MARIS DI FIORE
- ELEONORA LARUMBE - ANDREA OCAMPO -
GUSTAVO REYES - EMILIANO NICASTRO - EDITH
HOLAKOWICZ - ESTRELLA QUINTEROS - CLARITA
REBOTARO - PABLO SCAPINI - ADRIANA RODRIGUEZ
SIBUET - MIGUEL RITONDALE - CRISTINA MARTIN
CRISTIAN ANDRIOLI - ROBERTO O'KEEFFE - JULIAN
JAIME - DARIO SIGISMONDO - FERNANDO LENZI
GUILLERMO BACCHINI - GISELA DANIEL - LUC
HERRERO - STELLA CONTARDI - HERNAN CALECA

**CLASES DE INGLÉS
ADULTOS Y JUVENES**

Conversación
Traducción
Comprensión de textos

CLASES INDIVIDUALES Y GRUPALES

SONIA DROVANI - Tel 403103

TALLER DE PRODUCCION LITERARIA

Coordinado por
Cristina Lescano
Profesora y Licenciada en Letras

España 470 - Tel 259884

TALLER LITERARIO

"Letras del Café"

En el "Café de la Ópera"
(Laprida, Mendoza)
Horarios: P 273945

TALLER LITERARIO

"TRUJAMANIA"

EXPRESIÓN ORAL Y ESCRITA

Coordina: María Luisa Siciliani
♦ Clases individuales y grupales
♦ Técnicas para la expresión escrita
♦ Trabajo con adolescentes y adultos
E. Zeballos 35 9B - F 245335



Casa Gumá

Santa Fe 953

Tel. 400378
2000 Rosario

CENTRO DE COPIADO



**COPY
SERVICE**

**SERVICIO TECNICO
NASHUA - RICOH**

San Lorenzo 2895
Tel. 371512
Rosario

**LIBROS - REVISTAS
OFERTAS - SALDOS**

LIBROS Y REVISTAS
Rayuela

3 LIBROS por \$ 5
CORRIENTES 51

ALBERTO M. DE LORENZI

Servicios en Informática
Reparaciones - Mantenimiento - Instalaciones

Clases particulares a domicilio

Tel 041-828573

BAR - CAFETERIA - SANDWICHERIA

La Máquina

URQUIZA & ENTRE RIOS

STAFF

DIRECTOR: SERGIO GIOACCHINI
JEFE DE REDACCIÓN: ANDREA OCAMPO
ASISTENTES DE PRODUCCIÓN:
GUSTAVO REYES, OSCAR BARALDI,
MARCELO ZAMORA, MARCELO STREET.
COLABORADORES: VER TAPA
ILUSTRACIONES: Roberto O'Keefe (págs. 4,
6 arriba, 8 ar., 9, 11, 13, 14 ab., 15, 21 ar., 22);
Julián Jaime (18 ab., 28); Dario Sigismondo (2,
3 iz., 3 ab., 19, 23, 25 ab., 27), Cristian Andrioli
(20, 24); Silvia López (8 ab., 21 ab., 25 medio);
Fernando Lenzi (26); Guillermo Bacchini (17);
Gisela Luciani (3 ar., 6 ab.); Lidia Miorini (14
ar.); Daniel Herrero (18 ar.).
REDACCIÓN: Jujuy 2992 - 1° - A
Tel. 391200

RNPI: 419.384

Ciudad Gótica es una publicación independiente
de literatura. La editorial no se responsabiliza
por la opinión vertida por los autores.

IMPRESIÓN: Interior: Librería Social - Tel
259361 - Tapa: La Familia - 822650
DISTRIBUIDOR EN KIOSCOS: Tallet
EDITOR: Sergio Gioacchini
CUIT 20-16227958-1

EDITORIAL

En reiteradas oportunidades nos hemos preguntado cuál es la función de una revista de literatura, qué es lo que estamos haciendo y para qué, pero, sobre todo, nos preguntamos para quién o quiénes. No vamos a hablar del acto de creación, uno de los dones más fabulosos que se nos ha concedido a los seres humanos, sino del mero hecho de la difusión de lo creado.

Publicar una revista como Ciudad Gótica dentro del marco histórico y social, así como geográfico y político en el que nos ha tocado vivir implica una serie de compromisos que van más allá, mucho más allá, del mero hecho íntimo de lograr una buena página. La literatura, como así también otras formas de artes, ha sido creada a partir de la necesidad de embellecer la cotidianeidad, de mostrar su cara insolente y monótona de otra manera, y no siempre como un divertimento -pero no debemos olvidar esta faceta maravillosa-.

Nuestra cotidianeidad nos da material permanente, de una riqueza abrumadora. Queremos que el simple hecho de expresarnos y poder compartir con el millar de lectores de Ciudad Gótica nuestras pasiones y deseos, nuestros afectos y nuestras luchas sea una especie de fiesta a la que todos puedan asistir. Por eso la apertura editorial, para que la mayor cantidad de personas puedan mostrar y mostrarse para el mayor número de lectores, que a su vez se van animando a exhibir sus ideas y a reflexionar sobre lo que nos pasa y por qué. Es una saludable sensación democrática percibir cuántos corazones apasionados van pasando por las páginas de la revista y cuántas artistas ocultos -por diversas razones- están apareciendo en la ciudad de Rosario y sus alrededores (no debemos olvidarnos que nuestro país ha pasado -¿pasado?- recientemente por uno de los períodos más oscuros de su historia, donde se ha destruido a conciencia las comunicaciones, la socialización, entre sus integrantes), animándose a mandar sus trabajos con una humildad a veces exasperante, porque gran parte de ellos son mejores comunicadores de sus sentimientos que los que se dicen "grandes artistas".

Pensamos que la función de la edición de este tipo de material apunta más allá del mero hecho de construir belleza, ya que si bien eso se logra y con creces, también estamos oficiando de mediadores entre una sociedad que se va sanando de sus heridas e intenta acercarse entre sí, para que de esta manera podamos construir una sociedad más unida y responsable.

Sergio Gioacchini

PARTICIPANTES DE ROSARIO

Instituto Politécnico Superior "Gral. San Martín" (Aguslina La Venia, Martín Orteni, Diego Roldán, Martín Silva y Analía Sánchez). Instituto Superior de Comercio "Libertador Gral. San Martín" (Silvina Malsuo, Marcelo Carro, Luciana Alberico, Laura Codina y Daniel Pérez). Instituto Superior Particular Incorp. N° 9110 "Sagrada Familia" (Analía Lardone, Virginia Oscariz, Ma. Laura Accorri, Natalia Druetta y Gisela Paolicelli). Complejo Educativo "Dr. Francisco de Gurruchaga" (Daniela Kreimer, Angela Barra, Ma. Sol Dorigo, Sebastián San Martín y Valeria Rico). Complejo Educativo "Latinoamericano" (Santiago Galindez, Magalí Soria, Andrea Guisen, Verónica Fratelli y Noelia Bosco). Escuela de Enseñanza Media N° 272 (Virginia Gimenez, Anana Gauna, Georgina Perella, Mariana Sicari y Laura Salvadeo). Escuela de Enseñanza Media N° 435 "Luis M. Drago" (José Gurado, Bruno Tassi, Eleonora Salvagno, Liza Callacy Miriam Juárez). Escuela de Enseñanza Media N° 338 "Constancia C. Vigil" (Roxana Zamareño, Lucas Bergonzi, Haydée Romero, Natalia Zapata y Miriam Centurión). Escuela de Enseñanza Media N° 69 "J. Díaz de Solís" (Soledad Docampo). Escuela de Enseñanza Media N° 347 (Hugo Acosta). Escuela de Enseñanza Media N° 433 "Manuel Belgrano" (Brenda Juchli, Dario Catalafed y Juan Paulo Idoate). Escuela de Enseñanza Media N° 258 "Soldados Argentinos" (Eduardo Diez y Alejandro Carrasco). Escuela de Enseñanza Media N° 432 (ex Liceo Rivadavia) (José Zajarías y Jorge Sebassi). Escuela de Ens. Media Particular Incorporada N° 3040 "Bgdier. Gral. E. López" (Clara Mitchell, Paola Merino, Manuela Porta, Melissa Losada y Marina Heredia). Escuela de Ens. Media Particular Incorporada N° 3050 "D'ibarré" (Fernanda Gaiñán, Gonzalo Bermejo y Lisandro Martínez). Escuela de Ens. Media "Nuestra Stra. de la Medalla Milagrosa" (Javier Maidana, Yanina Pizarro, Salomé Portillo y Sandra Mendizábal). Escuela Normal Superior N° 3 "Mariano Moreno" (Leticia Mariféna, Ivon Groia, Diego Gurvich, Martín Laurencena y Diego Blanco). Escuela Normal Superior N° 1 "Dr. Nicolás Avellaneda" (María Laura Rivero Vanesa Bioscopino y Soledad Mainoldi). Colegio Nacional N° 1 (E. E. M. N° 430) (Soledad González, Matías Herrera, Paula Perals, Mora Della y Natalia Rodríguez). Escuela de Educación Técnica N° 697 (Laura Aristegui, Norma Gaundry, Carina Savone y Romina Paredes). Escuela de Educación Técnica N° 663 (Laura García, Natalia Tallade y Ana Barreto). Escuela de Educación Técnica N° 342 (Juan P. Cabral, José Quintana, Pablo Argenti, Carlos Juárez, y Diego Giles).

1º ENCUENTRO DE ESCRITORES JOVENES Y MUY JOVENES

Del 23 al 26 de Junio - 19 hs.
Sala de la Cooperación - Urquiza 2029
Entrada libre y gratuita

PARTICIPANTES DE LA REGION

Escuela de Enseñanza Media N° 202 "Manuel Leiva" - Casilda (Luciana Cerni, Carolina Moriconi, Georgina Caffi, Emilce Malcassi y Leonardo Sancho). Escuela de Enseñanza Media N° 208 "Dr. J. Bautista Alberdi" - Villa Constitución (Ma. Verónica Puyó, Nadia Re, Gabriel Canelli, Damián Chacón y Gabriela Neme). Escuela de Enseñanza Media N° 225 - Peréz (Damián Sanlago Ardanza). Escuela de Enseñanza Media N° 234 "Justo J. de Urquiza" - Empalme Villa Constitución (Valeria Ríos, Verónica Aranda, Ma. Alejandra Caceres y Ana Buono). Escuela de Enseñanza Media N° 330 - Granadero Bagorria (Silvia Zapata, Paula González, Silvana González, Luis Moreno y Ana Jallil). Escuela de Enseñanza Media N° 381 "María F. de Carbonell" - Villa Constitución (Graciela Cantoni, Noelia Ghiselli, Jorge Baez, Florencia De La Torre y Anabela Prado). Escuela de Enseñanza Media N° 396 - General Lagos (Vanessa González, Paola Pérez, Antonela Mauroni, Natalia Reynoso y Paola Garofía). Escuela de Enseñanza Media N° 439 - San Lorenzo (Cintia Musumeci, Fani Riquelme, María J. Pedroz y Andrea La Vecchia). Escuela de Enseñanza Media N° 448 - Villa Gdor Galvez (Diego Conde, Analía Ríos, Gustavo Nuñez, Jose Fernandez y Sonia Localelli). Escuela de Enseñanza Media N° 8168 "Ntra. Stra. del Sagrado Cdrazón" - Villa Gdor. Galvez (Noemí Babí, Carolina Cristaldo, Valeria Palumbo, Daniela González y Miriam Muñoz). Escuela de Enseñanza Media Part. Incorp. N° 8060 "Teodolina Fernández de Alvear" - Villa Gdor Galvez (Marianela Tutto Lo Mondo, Lucas Sedilla, Maximiliano Botla y Carolina D'Onofrio). Escuela de Educación Técnica N° 449 - Acebal (Gisela Doyle, Amílcar Viani, Natalia Sasseti, Malvina Noriega y Ma. de los Milagros Noriega). Escuela de Educación Técnica N° 669 - Villa Constitución (Néstor José Febre). Escuela de Educación Técnica N° 680 "Dr. Mariano Moreno" - Villa Gdor Galvez (Fernando Marchesin, Elisabet Paz, Laura Carella Carina Gómez y Victoria Simoes Alves).

LOS TRABAJOS DE ANFIÓN

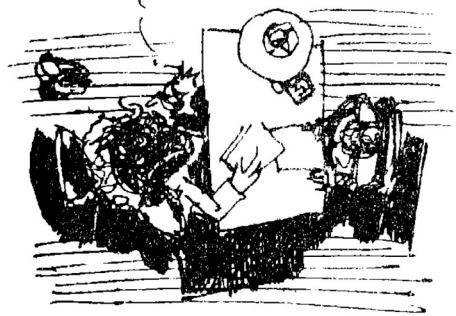
SERGIO GIOACCHINI

Rubén Omar estaba sentado en su despacho de la calle 25 de diciembre, atestado de folios húmedos, que despedían un dulce olor a descomposición, y pensaba en si había sido acertado contratar a Benito Lopérgolo para la clasificación y reacomodamiento de su biblioteca -sentía que era su biblioteca porque fue la única persona de toda la comunidad árabe que mantuvo en el tapete el tema de reabrirta-

Basaba sus dudas en dos premisas: la jubilación por invalidez -Omar se había enterado por intermedio de un sobrino suyo que asistía a las clases, que a Lopérgolo lo habían dado de baja por algo parecido a la arterioesclerosis- y en la mentira de Benito con respecto a la misma -Lopérgolo había dicho que se trataba de una afección pulmonar-. Sin embargo, había algo en ese hombre que le gustaba, que lo identificaba. Estaba claro que las capacidades de Benito estaban disminuidas, pero, algo que también le había comentado su sobrino Ernesto, sus ráfagas de genialidad lo salvaban de la demencia senil. Temido flagejo que preocupaba a Omar a sus setenta años. Más allá de eso, Benito había sido el mejor candidato que se había presentado a la solicitud que la Solidaridad había publicado en los diarios locales. Benito había llegado con el diario enrollado debajo de su brazo, con un abrigo en estado lamentable y un curriculum duroso, pero la fuerza de su mirada y de su necesidad eran imponentes. Omar había estudiado a cada aspirante personalmente y luego había leído las hojas con el cuestionario que él mismo había preparado. Se habían presentado siete personas, incluso una de ellas había sido una mujer -en realidad, casi una adolescente- a pesar de que Omar había hecho poner en el aviso que sólo buscaban varones. No la descartó inmediatamente, si no que la hizo pasar, le hizo el interrogatorio de rigor y hasta le prestó su estilográfica para completar el cuestionario. Luego le preguntó por qué se había presentado, recordándole lo del aviso. Ella le dijo que no soportaba la discriminación y como necesitaba trabajar, además de sentirse perfectamente capacitada para la tarea ya que portaba un título de Museóloga, extendido por la Universidad de Buenos Aires, no había dudado en presentarse, a pesar de todo. Rubén Omar lo que menos quería era una feminista entre sus filas, entendiendo por feminista a toda joven que se precie de moderna, o a toda universitaria. Por supuesto que se daba cuenta de que eso incluía a todas las mujeres que podían haber hecho la labor, y por eso es que había puesto la expresa aclaración en el diario. En sus años mozos, por llamarlos de alguna manera, se había casado con una estudiante de abogacía, que no le había dado ningún hijo por convicciones morales y fisiológicas, que era activista dentro del absurdo partido comunista de ese momento y que le había puesto los cuernos en varias oportunidades, cuernos explicados con dudosas argumentaciones de la incipiente liberación femenina. Rubén Omar había tenido que leer el *Miedo a volar* y otros mamelretos de rigurosa actualidad, como *La Mujer Rota* para conformar a su pareja, aparte de tener que aprender complicadas posiciones sexuales para que ella consiguiera el tan ansiado orgasmo femenino. La separación fue obvia y a pesar de que fue un alivio para Omar, le había dejado un miedo permanente, una desconfianza imposible de controlar, hacia todas las mujeres que tenían la más mínima similitud con su ex-mujer. Por eso rechazó a María Izaguirre, no le había gustado la palabra "discriminación", Omar sabía perfectamente lo que traía aparejado.

-Una feminista combativa. Lo que menos necesito en este mundo -dijo en voz alta y trazó una cruz roja sobre el expediente Izaguirre-.

Lo que Omar no sabía era que a pesar de rechazarla, o



justamente por eso, la tal Izaguirre iniciara una molesta peregrinación a su estudio, dos y hasta tres veces por semana a reclamar sus derechos. Y no fue la única. Entre los otros pretendidos candidatos se encontraban tres jóvenes, amigos entre sí, miembros de la comunidad árabe, que hacían cursos de metafísica y practicaban ayuno algunos días específicos al mes. Estos se habían presentado como un cuerpo compacto de trabajo, que se turnarían e incluso trabajarían juntos en pos de un mejor y más rápido restablecimiento de la biblioteca. Argumentaban que era necesario más de una persona para hacerlo ya que los devotos de Alá estaban necesitados de conocer los textos sagrados y aún los profanos, porque éstos representaban la sabiduría de la cultura árabe, la cual era necesario reivindicar. Omar los desechó ni bien abandonaron la oficina. La temida cruz roja surco la hoja.



-Lo único que me faltaba, unos fundamentalistas. Quién sabe a que ideología responderán y qué tipo de organización tendenciosa impondrán en la biblioteca -farfulló Omar-.

Sin embargo, los tres amigos árabes, musulmanes, continuaron yendo al estudio de Omar y junto a la Izaguirre, como la llamaba el director de la biblioteca, se transformaron en una visita recurrente a la que él nunca estuvo dispuesto a soportar.

Los otros candidatos también fueron rechazados de inmediato. Ricardo Bastianelli entró mascando chicle, y eso fue suficiente como para que Rubén Omar ni siquiera lo dejara sentar. Andrés Suárez parecía dar con el tipo, pero estuvo más de veinte minutos intentando completar el cuestionario. Al entregárselo Omar se dio cuenta de que Suárez, de unos veinticinco años de edad, apenas sabía escribir, y sus anteriores empleos habían sido el de artesano, en el rubro pulseras tejidas, y el de choripanero en la rotonda de Oroño y Seguí. No convenció a Omar de que tenía un título secundario, extendido por un



EEMPA de dudosa reputación, y de que sus notas en Literatura siempre habían sido excelentes.

Finalmente se había quedado con Benito Lopérgolo, era con mucho el mejor candidato. Tranquilo, ex-profesor de la Universidad, de un espíritu sosegado. A pesar de que un día después Omar había descubierto la mentira de Lopérgolo, la balanza se siguió inclinando a su favor y al entregarle las llaves, Rubén Omar no dudó ni por un momento, pero se prometió a sí mismo custodiar de cerca el trabajo de Benito.

Por supuesto que las frecuentes visitas de los otros candidatos, unido a una denuncia que los tres fanáticos elevaron a Solidaridad Árabe de que había habido acomodo, y a su trabajo habitual hicieron que esto no fuera realizado. Lopérgolo, un anciano prácticamente afásico, con una mentalidad en constante vaivén, estaba haciendo un orden catalógico de la biblioteca, para bien o mal de los futuros lectores de la comunidad.

JORGE SAVOIA



EL CAMINADOR DE CORNISAS

Ni Batman ni Spiderman. Tampoco un loco suelto deseoso de existir gracias a los diez segundos que puedan concederle los televidenciosos. De hecho, pasa desapercibido. Casi nadie lo ve; sólo los que se permiten despegar sus ojos de la horizontalidad. Pero tampoco sirve de mucho descubrirlo: él anda siempre por allá arriba. Hay quienes piensan que habría que bajarlo de un tiro para acabar de una buena vez con su engreimiento, otros, que habría que persuadirlo a aventirse al grandioso destino de mierda que transitamos por aquí abajo.

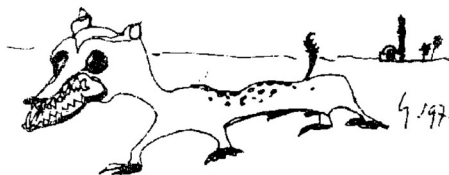
Pienso que están equivocados. Ya Platón lo supo desterrar de su República y tengo entendido que Mussolini solía hacerle beber aceite de ricino. Tal vez sería recomendable aconsejar a nuestros conciudadanos que no lo molesten, que acepten el hecho de que el hombre no puede a nadie -salvo a aquellos para quienes la poesía es el gesto ominoso que no los indulta.

El caminador de cornisas no es un dios, ni se lo cree. Él sólo es un trabajador que desempeña su oficio en el único lugar posible: en las alturas de la conciencia.

SILVIO BALLAN

DE INDIA

Cuando me trajeron a Muzaffarpur de la India lo encerré en una jaula pensando que luego de habituarse a estos lados lo podría dejar libre por toda la casa. Poco sabía de sus costumbres; me di cuenta de que perdía el color y su estado de ánimo iba decreciendo hasta transformarse en un montoncito de resignación y melancolía. Entré para tocarlo porque realmente pensé que estaba muerto, fue cuando me mostró su triple hilera de dientes puntiagudos y sus ojos chispearon llenos de astucia, no tuve tiempo de reaccionar que ya me había devorado el brazo. Estudié, no sin dificultades, sus hábitos y descubrí que le era imprescindible, de vez en cuando, comer carne humana. Sinceramente después de haberme amputado el brazo sus colores volvieron a brillar y se mostraba de excelente humor. Como soy de aspecto bonachón fácilmente convenzo a algunos niños, los invito a casa y abro la puerta de la jaula para que conozcan a Muzaffarpur.



CIRCULO VITAL

De pronto el camino se abrió ante mí. Era de tierra reseca. Me detuve, miré a mi alrededor. A lo lejos un objeto rojo levantaba nubes de polvo fino como harina marrón. Me volví a observar el camino. Algo familiar había en él que me atraía y repelía a la vez. Yo conocía ese camino, lo había visto otras veces, pero no sabía dónde me conduciría o si en realidad debía transitarle. Sentía una extraña sensación en la boca del estómago. Las flores, son las flores, es su perfume, huele a almizcle.

Altísimos árboles repletos de flores blancas formaban extrañas figuras geométricas y eso me perturbaba. Estaba un poco mareada, no sabía si por el perfume o quizá porque el sol caía como aceite hirviente. Tampoco sabía por qué esos árboles, que eran álamos, tenían flores. Brillaba la tierra reseca a mis pies, como si pequeños trocitos de vidrio se mezclasen en ella. No sentía frío, sin embargo algunos chuchos recorrían mi espalda.

Dudé un momento, me saqué los zapatos, la tierra y el sol hacían arder mis pies. Empecé a caminar. Primero lentamente, luego sin tener



BEATRIZ MEDINA

ROJO

Tenía una rosa roja en su mano derecha. En la izquierda un puñal. Avanzó hacia la atemorizada muchacha.

Extendió la mano derecha entregándole la rosa. Con la mano izquierda hundió el puñal.

Se detuvo a mirar el cuerpo caído.

La sangre goteaba sobre la rosa que había quedado en el piso, muy cerca de la muchacha.

La belleza de aquel espectáculo le impedía apartarse.

Lo asombraba ser el autor de algo tan magnífico.

Cuando empezó a oscurecer y las sombras opacaron la nitidez de su obra, se fue.

El amanecer develó el triste cuadro de una muchacha muerta, y una rosa marchita en un charco de sangre seca.

Pero en su celda, él sólo existe para evocar, vívidamente, el perfecto enlace rojo de los pétalos con la sangre.

claro por qué algo me impulsó a correr. Mi corazón latía con fuerza, zumbaban mis oídos. Sobre mi tumulto interior alcancé a oír como el ronroneo de un motor detrás de mí. De golpe me detuve y giré. Nada se movía. Silencio. Seguí caminando. Me negaba a volver la cabeza. Había comenzado a anochecer y sentía frío, una gran soledad me envolvía. Tenía miedo.

Otra vez las flores me invadían con su perfume. Al momento sentí calor. Me detuve. Quise sacarme la bufanda. No pude. Como si hubiese cobrado vida, cada vez la sentía más pesada, tironeaba de ella y era como si más se alargara y se ajustara. Empecé a caminar nuevamente, suave, como si flotara. La noche me envolvía en una oscuridad de petróleo. El ronroneo se oía mucho más cerca. Me volví decidida. El objeto rojo avanzaba a toda velocidad hacia mí, sus luces me encandilaban. Quise correr, al go me sujeté los tobillos.

No podía avanzar. No podía más. Con todas mis fuerzas intenté dar un paso hacia adelante, tropecé, cerrando los ojos sentí que me deslizaba hacia un profundo vacío.

En mi inconciencia sentía frío. Sólo frío. Caía, mi garganta, pies y olfatos liberados. Caía... como los gatos, tantear, arquear la espalda, enderezarse despacio.

Total laxitud. Entreabrí los párpados y percibí una luz tenue, acogedora, tibia. Un agradable dejarse estar. No sé cuánto tiempo pasó. Creo que mucho. Ya no sentía frío. Quería quedarme siempre así. Hice un esfuerzo y abrí los ojos.

Estaba sentada en el suelo, sobre una finísima arena blanca. Piedras altas y delgadas, semejantes a espejos reflejaban una imagen. No me reconocí. No sabía quien podía ser. Cerré los ojos con fuerza, bien apretados hasta que me sentí mareada por el esfuerzo. Quería volver a ser yo.

Cuando los abrí me encontré frente a un camino de tierra reseca que me atraía y repelía a la vez.

Cuando yo no impacto



DOMINGOS
DE 22 A 24 HS.
TEL. 332042

SINFONICOS
Y LITERARIOS
EN 91.3 MHZ

"QUEDAMOS LOS QUE PUEDEAN SONREIR, EN MEDIO DE LA MUERTE, EN PLENA LUZ."

SILVIO RODRIGUEZ

NUEVO SIGLO

Nuevo Capital

49-1632
SARMIENTO 750

PALABRA

El teléfono sonó en el mismo momento en que Alberto terminaba de meter una hoja nueva en la máquina de escribir. Era el director de la revista para la que trabaja. Lo llamaba para preguntarle qué pasó con los artículos que tendría que haber entregado antes del fin de semana pasado.

- Me atrasé. Para la semana que viene van a estar listos. Te doy mi palabra.

- Eso me dijiste hace dos semanas; espero que esta vez sea cierto. A ver si empezás a hacer buena letra, che. Ya no te puedo bancar más.

- No te preocupés. Chau.

Ni bien apoyó los dedos sobre el teclado le vinieron una ganas irresistibles de tomar café. Cuando abrió el armario recordó que el último paquete se había terminado esa mañana. Se puso una campera y salió rumbo al almacén. No había hecho más de veinte pasos que se preguntó si había cerrado la puerta. Se volvió. Bajando el picaporte, empujó: estaba cerrada. Nuevamente se encaminó rumbo al almacén.

Como a Alberto le molestan las cosas, se alegró mucho de que no hubiera nadie en el negocio.

- ¿Cómo le va, don Agustín? - saludó Alberto con una sonrisa.

- No tan bien como a usted. ¿Qué va a llevar?

- Un paquete de café de un octavo. Me lo va a tener que fiar porque todavía no cobré.

- Le recuerdo que tiene una cuentita.

- La semana que viene la liquido. Le doy mi palabra.

- Lo mismo me dijo la semana pasada.

- No se preocupe, don Agustín.

El viejo, más resignado que convencido, le dio el café.

Ya de regreso, cuando Alberto abrió la puerta, un repiqueteo familiar llegó a sus oídos: el de su máquina de escribir. Tras dejar el café en la cocina, fue al dormitorio donde, además de sus libros y su cama, estaba la máquina. No entró. Se paró en el vano de la puerta. Desde ese lugar pudo observar el perfil del intruso: vestía su misma ropa, tenía su mismo corte de cabello y su misma cara. Alberto se acercó sigilosamente por detrás. Espiando por encima del hombro, pensó: "Está terminando los artículos. ¡Qué bueno que alguien haga el trabajo de uno! Voy a aprovechar para afeitarme, que ya es jueves y yo vengo amagando desde el lunes."

Calentó agua, buscó una maquinilla descartable nueva, una toalla y se metió en el baño. Apoyó las cosas en el mármol gris que rodeaba la pila. Se miró al espejo, pero éste sólo le devolvió el reflejo de su sombra dibujada en la pared que estaba a su espalda. De su imagen, ni rastros. Pensó que había calentado agua al divino botón y que era mejor irse a tomar café.

Había vaciado medio pocillo cuando cesó el repiqueteo. Desde donde estaba alcanzó a ver al intruso metiéndose en el baño. Dejó el café sobre la mesa y lo siguió. Al entrar no encontró a nadie.

Entonces volvió a la cocina a calentar nuevamente el agua y terminar el café.

Una vez vació el pocillo y calentó el agua, volvió al baño. Se paró frente al espejo. Se desparramó crema de afeitarse por toda la cara. Mucha crema. Revolvió la brocha mojada hasta que el espejo le mostró

que sus orejas se estaban llenando de espuma. Se pasó la máquina con mucho cuidado, sobre todo debajo de la nariz, donde casi siempre se cortaba.

Al terminar se mojó la cara con un poco de agua tibia para sacarse los restos de espuma que aún le quedaban. Muy suavemente se sacó con la toalla. Fue cuando estaba desenroscando el frasco con loción para después de afeitarse que se apagó la lamparita. Por un momento creyó que se había cortado la luz. "No. Debe ser ese cable del portalámparas que está flojo. Un día de estos lo tengo que arreglar. Quizá la semana que viene", se dijo. Dio tres suaves golpes en la bombita antes de que la luz regresara. Buscó su rostro en el espejo. Por segunda vez el cristal sólo le devolvió el reflejo de su sombra dibujada en la pared que estaba a su espalda. De reojo percibió que había alguien detrás suyo. Antes que pudiera hacer nada, el intruso le hizo atravesar el espejo de un fuerte empujón.

Alberto tardó en comprender por qué, ignorando su voluntad, su cuerpo imitaba los movimientos de ese otro cuerpo igual al suyo.

Cuando el intruso terminó de pasarse loción se miró fijo al espejo, clavando sus ojos en los de Alberto.

- No te preocupés. No te vas a quedar ahí para siempre -le dijo-. La semana que viene te saco. Te doy mi palabra.

IRINA GARBATZKY

RECuento DE LOS DESPOJOS

Nunca se había interesado por el tiempo de espera. Ha tejido un par de delicadas, es cierto, por cuenta propia. En el momento en que ustedes siguen estas líneas, desmorona preguntas vanias sin retruco. Poco importan. Dos, tres sabores preferidos; cinco, seis temas para hablar. Nunca se ha interesado por el tiempo de espera.

Hasta hace una hora encorsetaba fotos, visiones de las veces, en cuando las respuestas eran traídas por las moscas lentas, espantadas con el agua sucia.

Cada media hora lo observaba; miraba a su engendro con desesperación, con el pavor con el que podríamos ver una mano desligándose de su dueño. Hacerlo crecer no hubiera sido lo mismo que regarlo, y a pesar de los exámenes minuciosos nada de eso lo había preocupado por entonces, cuando lo había creado. En cambio ahora se hacía preguntas.

Nunca se había interesado; no sabía sobre el tiempo de espera. Aquello correspondía a lunas, a calendarios tiernos, no a sus tembladerales nocturnos, no al rebotar sobre caballitos caducos, sin antelas, sin miradas atrás.

Y ahora aceptar que todo está moribundo. Que los antiguos divagantes se recuestan en sus respectivos escritorios enterrados.

¿Tiempo de nacer? Duración sucesiva de los acontecimientos. Ya vendrá, se dijo, sabiendo ciertamente que ya se iba. Y se aferró a los malditos amuletos familiares.

El descartado engendro ya no le pertenecía, sólo cuando lo vio alejarse entendió que, incluso su propia muerte, formaba parte de esa humana prehistoria.

AQUELLAS POLILLAS

Siempre evoco ese súbito verano de aquella lejana juventud, en que una ola prematura de calor se apoltró inesperada, asfixiando los últimos hábitos frescos de la primavera agonizante. Lo que claramente perdura en mi memoria fue esa turba de polillas apiñadas, aparecidas de improviso, haciéndose presentes con golpeos inestables arrítmicos en los cristales, en los techos y en las paredes. Desatinadas se estacionaban en las alacenas, entre los trastos abandonados, por los pliegues de las camisas y faldas, en los bolados de los cortinados y aún indiscretas entre las prendas íntimas. Mamá angustiada no dejaba de colocar naftalinas en los lugares más inesperados. Todas ellas desesperadamente desorientadas, luchaban ávidas por volver a disfrutar la libertaria sensación de naturaleza. Confundidas (como un hipocóndrico tratando de huir a sus ilusorios síntomas) apuntaban como kamikazes orientales todo claro de luminosidad, pero cada uno de sus esfuerzos eran infructuosos, las barreras seguían allí. Me apenaba ir viendo con el transcurso de los días, cómo las más débiles o tal vez las menos necias, se detenían aún con vida pero inertes y expectantes a vivir su agonía. Otras fóbicas e incansables, no demostraban el mínimo acto de rendición. Yo que aunque muchas liberé en el comienzo de esta plaga (inconsciente y sin darme cuenta), despreocupado quedé de ellas en los días vanideros. Luego vi cómo a mi paso una a una caían apelmazadas y secas como corcho, despedazándose sus cuerpos al sutil choque contra las corrientes del aire. Las más tenaces quedaron apagadas en sus sitios totalmente completas, con todos los brillos huecos que transmite un insecto embalsamado que miente su muerte.

Alegoría ominosa de nuestras propias existencias. La vida fluye aparentemente infinita. Iluso encantado el humano agota sus horas en necias naderías, "creído un dios eterno y poderoso"; pero en un instante inmodificable la rueda se detiene, tanatos inclina la balanza, señala a quién fuere: y el único acto de verdadera justicia entre los hombres, el más cotidiano, el más temido, indefectiblemente ocurre.

STELLA MARIS DI FIORE

EXPERIENCIA

Y cuando me esperabas estallaba la osadía de la tarde, luego me mirabas y desbordabas el sol que lentamente me olvidaba.

Si me tenías, el rubor del tiempo se escondía entre los árboles. Al fin un concierto de sensaciones, revientan en nuestros cuerpos; hacen gala de las emociones y consumen el todo... esencias varias.



EMILIANO NICASTRO

TAN SOLO

- ¿Adónde va la gente cuando muere?
- A ningún lado.
- ¿Y entonces dónde están?
- ... Viven en nuestro recuerdo, en nuestra memoria.
- ¿Entonces qué es la muerte?
- La muerte... No hay una cosa más viva!!!
- ¿Y eso, qué quiere decir?!
- Que la gente se imagina la muerte, piensa que hay un después; fíjate que hasta varias religiones crearon un lugar. La muerte es una cosa de los vivos.
- Por eso algunos le tienen miedo, porque piensan cómo es, o cómo se sentirían después de muertos.
- ¡Claro!! Y esto en realidad, es imaginar cosas o sentir cosas vivas, vivos nosotros.

Después se armó un imponente silencio. El padre y el hijo, siempre se habían entendido perfectamente, pero los dos: en lo más profundo de sus conciencias pensaban, que hubiera sido estupendo, si su amadísima mujer y madre se encontrara en un lugar como el paraíso y los estuviese esperando. Ambos sabían que no era así, casi odiaban su raciocinio, lo que no sabían, era cómo calmar el dolor del pecho.

CAROLINA
MORICONI

ELLOS

Ella los descubrió de las manos en el sofá del living.
Él miró el piso y no dijo nada.
Ella cerró los ojos y dejó caer dos gotas largas.
Él vio correr las lágrimas sobre el piso.
Ella secó su rostro y corrió sin ganas.
Él observó los pies que se despegaban del piso y se alejaban.
Ella cerró la puerta de un golpe y dejó caer la llave.
Él miró la llave y no dijo nada.

LOS AUTITOS CHOCADORES

Caminaba por el largo pasillo, mientras se restregaba sus manos velludas y gruesas, no sin satisfacción como creador de aquella organización. "El sistema central de comunicaciones funciona a las mil maravillas y los llamados se suceden día a día y van engrosando las listas de los donantes... Es que la convocatoria a la población para colaborar en su campaña humanitaria estaba dando óptimos resultados" -reflexionaba sonriendo. Había logrado colocar al frente del Instituto a un eminente profesional que daba prestigio y respaldo a su obra.

El donante era citado, y firmaba el respectivo documento frente a un escribano público de su elección y confianza, para darle mayor tranquilidad al cliente.

El documento era una ficha muy completa, donde figuraban los datos requeridos, más un amplio informe sobre la persona. Luego eran cuidadosamente archivados, previa clasificación en "Acción Inmediata", "Espera Prudente" o "Para un Futuro Incierto".

Mientras sus pasos cortos y ruidosos lo llevaban a su oficina, sopesaba la situación de mercado actual de su negocio y eso le dio una satisfacción tan grande que casi aplaudió porque acababa de recibir la información de que la "Lista de Necesitados" se alargaba; eso significaba un aumento en la demanda, y por ende, un aumento en los precios. "Cuando más demanda hay y son menos las ofertas, suben los precios" le decía catedráticamente su profesor en los lejanos días del secundario.

Se detuvo azorado, estas palabras lo habían llevado a recordar a aquél adolescente, tímido y algo desmañado, que daba las lecciones casi mecánicamente sobre las reglas que regían el comercio y el mercado; las decía con desdén e indiferencia y ahora, siendo un próspero hombre de negocios, esas mismas reglas justamente, le habían servido para enriquecerse. Y a ese recuerdo, vino encadenado ése otro de su niñez, cuando feliz de la mano de sus padres iba a los parques de diversiones, sólo y exclusivamente para subir a los autitos chocadores. Los veía ahora como en sueños, sujetos al techo por un fuerte hierro que les obligaba a ir de un lugar a otro, siguiendo una especie de "camino" eléctrico, y el inevitable choque con otro coche. Y él se sentía dueño del destino del otro porque podía perseguirlo, chocarlo, sacarlo del medio, si se lo proponía. Otra vez un frío le corrió por la espina dorsal. Es que su idea había surgido de esa sensación de determinación sobre los otros. ¡Y cómo le había servido esa idea! Sí, es verdad... los dos recuerdos estaban unidos porque de ellos había surgido la brillante empresa que ahora manejaba. ¿Quién podría alabar su increíble inteligencia y habilidad...? "Ingenio", corrigió en su interior. Él sabía que nadie. Su éxito consistía en que su negocio era como un rompecabezas donde las piezas sueltas ninguno sabía unir. Sólo él tenía ese privilegio. En su mente tenía el esquema final. "Su triunfo era perfecto, pero su secreto no lo podía compartir con nadie" - reflexionó - "Sí, él siempre había sido un solitario, algo raro, un poco por su figura no agraciada y otro poco por todas las ideas que bullían

en su cabeza". En su inocencia, un día le había comentado a su padre una sola de ellas, y vio en el mirada el mismo horror, la angustia y la desesperación... Desde entonces guardó silencio.

Se sonrió con su sonrisa tan particular, entre burlona y triste se se dijo. "Quién diría que yo sería un benefactor de la humanidad... y eso me daría pingües ganancias".

No podía precisar qué le había impresionado más, si el hecho de escuchar el llamado pidiendo donantes voluntarios de órganos para salvar a tal o cual persona, afectada por una enfermedad, accidente o deficiencia de nacimiento, o los avances de la ciencia con respecto al trasplante de órganos que lo había asombrado. Eso lo movió a ponerse en contacto con los profesionales destacados del área para conocer más sobre el tema. Realmente se había preocupado y apenado por los enfermos... y también cómo conseguir donantes aptos si éstos no se ofrecían espontáneamente, ya que la ciencia estaba preparada para efectuar trasplantes de órganos de todo tipo, en este siglo nuevo de la genética y la clonación.

Ahora recordaba con lágrimas en los ojos como había unido sus manos con desesperación, clamando: "¡Dios mío, qué hacer!" y consternado, se había mesado sus cabellos ralos. Y en ese momento de desolación, comprendió que la humanidad reclamaba de su lucidez e inteligencia para dar una solución definitiva al problema de las largas listas de pacientes receptores en la espera de donantes aptos... y esto último era lo más difícil. Tenía que buscar el medio de salvar esta brecha, y su papel de "benefactor" estaría asegurado... Y entonces, sin saber por qué recordó a los autitos chocadores de su niñez.

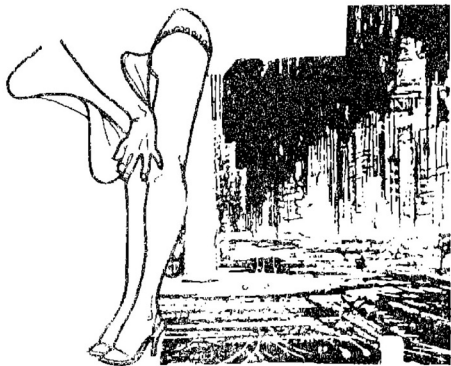
Esta imagen lo perseguía como una obsesión durante días, hasta que dándose una palmada en la frente, comió con urgencia a su oficina y allí, como un autómata, programó este Proyecto admirable. Al principio, con timidez y miedo comenzó su ejecución. No era su costumbre consultar con nadie, y siguió así su trabajo solo, alentado por esa idea inspirada en el bien común, y no descansó hasta ver concretada su obra y sintiendo sobre su cabeza el halo que adorna "la testa" de un benemérito de la humanidad.

Un ruido en el garage trasero que daba a la calleja desierta lo despertó de sus recuerdos. Pero ya no sonrió, sino que hizo una mueca... no sabía por qué, ahora que él mismo tenía sus propios autitos chocadores, con una igual misión de aquéllos de su niñez: el "sacar del medio al otro", no le resultaba agradable como en un principio, cuando corría por su espalda un chisporroteo como de electricidad. Él había puesto en ejecución autos chocadores en manos de hábiles hombres que cumplían con lo señalado en la "Orden del Día" y, emboscados en lugares estratégicos, esperaban a los "donantes voluntarios" para que hicieran su "donación" ese día, pues un enfermo poderoso e influyente esperaba... y su prestigioso Instituto necesitaba de fondos y buenos dividendos para poder seguir prestando sus servicios.

Ahora, y eso lo ponía muy nervioso y de mal humor, no podía soportar el ulular de las sirenas de las ambulancias que llegaban a la entrada principal con el herido "donante voluntario", que en el ara del quirófano, entregaría "post-mortem" su donativo a las manos expertas del profesional que sólo sabía que su función era bien clara, altruista y moral.

El dolor de cabeza lo asediaba pero lo soportaba con estoicismo porque todo sacrificio era poco de su parte para la obra que estaba haciendo, que era unir con la magia de su genio a la ciencia y al mundo de las finanzas, pero por sobre todas las cosas, el bien común...

SÁBADO



ALICIA TUCCIO

MASCARADA

Mi conciencia máxima y mi inconciencia plena, están turbadas, envueltas por una masa viscosa que todo lo tiñe de color desconsuelo. Las gotas de transpiración se evaporan porque no tienen cabida en este mundo estructurado y vano.

El dolor agudo e inquietante, semejante al acero del puñal que sin darte cuenta introdujiste pusilánimemente en mi costado, buscando airoosamente el corazón, que ahora yace entre tus manos frías, como pidiéndote una explicación; que desdichadamente no podrás darle.

El silencio es amargo y final, y el reloj marca cadenciosamente el tiempo que se fue, buscando aspirarse desesperadamente a la nada o tratando de simular su agonía anunciada.

Una sensación de ahogo en la garganta crece convirtiéndose en una gran bola de fuego, capaz de derretir cualquier metal. Las lágrimas no surgen puesto que no desean morir.

La carcoma había entrado en mi cerebro para roerlo, y el ruido de sus alas no me permitía oírte. Sólo escuchaba su código, "voy a reconstruir tus centros vitales para anañenizar a los blasfemos gnomos de tu amor, y no me rendiré hasta que todos ellos estén muertos, o confiesen su prosaica acción y se vean condenados al destierro frío y gris".

Simultáneamente a estos acontecimientos las capas de metal se amalgamaban sobre mi piel, y esta epidermis acerada nacía para ser indestructible.

El espacio vacío que dejó el corazón que aún conservas entre tus manos, fue ocupado por un diamante, cuyos destellos están destinados a poner en marcha una extraña maquinaria. Una manguerita se ocupó de evacuar el agua salada que se alojaba en los lagrimales. La boca castigada, conservó de por vida un rictus entre irónico y despiadado.

Los hilos del cabello se vieron salvajes y sedosos como siempre, casi como si estuvieran vivos. Terminé de peinarlos prolija y maquinalmente. Me miré por última vez en el espejo, apagué la luz del cuarto y salí a tu encuentro como un día más.

El sol murió hace rato y ya comienza mi metamorfosis (el gran Ovidio estaba encantado de que use esta palabra). Estoy convencido de que cuando los muros de la alta noche muestran sus ropas, somos otros, surgen otros yo, que anulan totalmente al yo diurno, ese, que mide, vanamente su día en horas y que cumple con sus obligaciones como un buen ciudadano. El agua del baño se derrama inexorablemente sobre mi cabeza y la limpia de los pensamientos del día que no quieren dejarme.

Me calzo los zapatos y me dispongo a explorar la noche, la implacable noche. Mirando la tez morena de la noche y sus granitos de plata, voy fatigando las calles de esta ciudad soberbia, que está ahí que se resiste a serultrajada y a la vez te muestra sus piernas tentadoras y sus ojos de niña traviesa. Y camino. Camino con la sensación de estar encerrado en un laberinto babilónico o griego en el que hay que encontrar al minotauro e invitarlo a ver esta noche de nalgas sublimes. No hay sensación más hermosa que venir del suburbio y saber que la ciudad está ahí, resistiéndose y a la vez entregándose a nuestros designios. Pero la noche azul, la noche roja, la noche amarilla, la noche ríe mil colores vivaces y brillantes, la noche estrellada de van gogh, la noche todavía niña, la noche en esta ciudad brava y hermosa, esa noche cae como cuchillas de algodón, como astillas de flores, como brasas de azúcar. Y en esa esquina, la luna me muestra su rostro de leche, de nena buena que se acuesta puntualmente cuando papá sol sale a trabajar. Enciendo el cigarrillo y me encuentro con un amigo. Adiós monólogo interior. Si pudieran saber lo que digo o lo que pienso cuando estoy solo, y pienso y pienso y no paro de pensar, en establecer relaciones de bocas nimias que me ocupan el alma y algún verso que construyo con partes de cielo y de ciudad, me dirían que estoy loco o que soy simplemente un tonto. Se me reirían en la cara. Y me harían muy mal. Soy demasiado sensible. Demasiado. Todo me nombra y me toca.



EIDE GELABERT

UN ALMUERZO EN DOMINGO

Todo empieza con el cierre de la fábrica. Despidieron a cuarenta trabajadores, treinta y siete operarios y tres administrativos, entre estos últimos yo. Es un año realmente trágico. Escasea el trabajo. Poco a poco las familias se van dispersando hacia otras provincias. En mis veinte años de vida nunca salí de mi pueblo, así que trato de conseguir cualquier cosa que me permita seguir estudiando sin tener que alejarme del terruño que tanto amo. No es fácil.

Después de mucho indagar, me entero que en una posada a treinta kilómetros de distancia necesitan a un joven de quince a veinte años para trabajos varios.

Hace mucho frío y en el ómnibus la lluvia ha empezado a golpear los cristales con fuerza. Apenas doblo la esquina diviso un letrero luminoso que dice: "Casa de Huéspedes "La Paz".

Mi presencia en ese momento está lejos de ser la más adecuada. Acomodo mis cabellos mojados. Pero las marcas de un acné grave, sufrido años atrás, no puedo borrarlas. Hago coraje y entro. El dueño está allí. Me presento y le entrego mi curriculum.

Al rato se establece una buena comunicación entre nosotros. Tienen poco personal y su socio ha emigrado por unos días a un retiro rural, así que comienzo a trabajar al día siguiente.

Mi función es ordenar una sucesión de habitaciones en la planta alta, que han sido modificadas. El hacero cada mañana me contamina de una alegría que hace tiempo no siento. Las horas que me quedan las aprovecho para leer en el pequeño cuarto que han destinado para mí solo, al final del patio.

A veces me deleito en hacer caminatas y explorar los alrededores poblados de flores. Desde chico viví en el campo y he aprendido a disfrutar la naturaleza.

En la posada no hay comedor. Tienen un acuerdo con una fonda cercana para que sirvan a los clientes y a nosotros, por un precio especial, con excepción del otro socio, que es vegetariano y prefiere preparar su comida en una pequeña cocina habilitada especialmente para él.

Una tarde el patrón me llama. Por primera vez lo noto inquieto. Ha regresado su socio. Me lo presenta con una voz que denota cierto pesar. Es un hombre capulento, viste un traje gris pulcro y su pelo es corto y prolijo. Su mirada fría le da aspecto extraño. Me observa sin simpatía ni pizca de solidaridad. Mis percepciones están entrenadas. Puedo captar la inconsciente crueldad refinada de su poder. Y no me equivoco. A partir de entonces la atmósfera empieza a saturarse de sentimientos hostiles.

Me observa todo el tiempo. De todo él se emana un profundo desprecio que se vuelca sobre mí. Hay en su voz un claro deseo para hacerme entender. Controlarme se ha convertido en una parte de su existencia. La luz del día me trae sólo humillaciones, como obligarme a bañarme a su doblaman sabiendo que yo le temo y que con sólo mirarlo me estremezco.

Cada vez más dolor, más lágrimas, más sufrimiento. Se me hace

muy difícil resistir. Además mis días se ven cada vez más reducidos por la falta de tiempo. Ya no estudio.

Después de la última lluvia torrencial de otoño, todo cambia. Luego de unos días de no salir, el encerramiento se me hace insostenible.

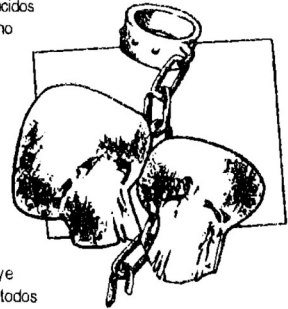
Hoy domingo, quiero retozar al aire libre y salgo bien temprano. No se oye ningún ruido. Miro por todos lados. Sólo veo al perro que duerme

plácidamente y en la cocina descansa un bols con hongos en remojo.

No tomo el camino de siempre. De lo que voy viendo nada me es familiar. A poco de andar desemboco en un bosquecillo de coníferas olorosas donde el susurro de un pintoresco curso de agua llena de gemidos el lugar. Al observar más allá, con sorpresa descubro una constelación de hongos. Pertenecen a los basidiomicetas venenosos. Los conozco bien desde mi infancia.

Un puñal deseo de venganza se adueña de mí. Con cuidado arranco algunos de ellos y los pongo en mi bolsito. De inmediato emprendo el regreso. El silencio es absoluto. El perro sigue durmiendo en el mismo lugar. La suerte está de mi parte y las circunstancias deciden. Entro a la cocina. Mezclo mis hongos con los otros y salgo silenciosamente.

Una vez en mi cuarto, un aroma de libertad arropa mi memoria y me duermo.



CRISTIAN ANDRIOLI

Las imágenes se repiten borrachas de pasión entre estos pasillos angostos de la razón, sumergiéndose sólo de vez en cuando entre las estrías cenicientas de la vida, la vida encerrada en estos cuartos de almohadas con gusto a sal marina.

En medio de esas habitaciones se encuentra el espejo de la furia, esa furia controlada de observar tus facciones en la lejanía, entre trazos de ámbar, tornándose en berrullón, aquel berrullón de Roxana que cantaste una vez bajo la lluvia de agosto.

Próximo al rellejo real de la imaginación, se halla la silla donde reposa el cuerpo tuyo, sentado, suavemente recostado sobre el respaldar de ornamentaciones hechas del material de los sentimientos; no es frío, sino más bien cálido y frágil en su textura, pero de una resistencia admirable.

Tu rostro se entorna a mí, con la mirada perdida en lo negro de mis pupilas, como estudiando cada milímetro de mí ser, entre esta espuma que nos baña, hundiéndose en el océano profundo de nuestros sueños.

DE CÓMO EL SOL SE DETUVO Y CASI SECA LAS HORTENSIAS DE AMELIA

Aquella tarde de febrero se hacía ya demasiado larga: las sombras petrificadas de los álamos que bordeaban el camino principal de Almeida, se negaban a extenderse sobre la tierra ardiente.

Sin embargo, el viento fresco característico de la noche formaba los acostumbrados remolinos de tierra en las esquinas del pequeño pueblo y la marea respetuosa de una costumbre arraigada, había subido hasta las cuevas de sal del acantilado pétreo.

El sol, no sólo había detenido su periplo a las seis de la tarde, sino que también prolongaba la siesta diaria de doña Amelia.

En el sillón hamaca de mimbre que le había regalado el Juancho cuando cumplió noventa y dos años, doña Amelia dormía placidamente con su labor de tejido desmayada entre sus manos.

Sólo se despertaba cuando Zulema llegaba desde el pueblo hasta su casa en el linde del bosque. Con un canasto repleto de ropa sucia bajo el brazo, cruzaba la alameda y se dirigía a lo de su suegra a tomar unos mates, a ver que no le faltara nada y a conversar de las cosas que Zulema escuchaba en el pueblo.

Ni bien cruzaba el porch, doña Amelia se despertaba; no tanto por el ruido que hacía, sino por su inconfundible olor a jabón barato de lavar ropa mezclado con su delicado perfume de violetas.

Pero aquella tarde en que el sol se detuvo, Zulema se prolongaba en conversaciones con doña Onofría, una de sus clientes, que tenía un hijo que la llenaba de disgustos, que ya no sé qué hacer, que lo mejor sería ponerlo pupilo, pero vio Zulema, no puedo, él me ayuda tanto con la casa... El tiempo había pasado volando.

Cuando Zulema se dio cuenta que era tarde no fue por el sol, pues se había detenido, sino por el gran reloj traído de Francia que gobernaba orgulloso la sala de recibir de doña Onofría.

Se despidió lo más rápido posible, cogió el hato de ropas sucias, lo puso en el canasto y salió al caluroso atardecer paralizado.

- A lo mejor, no es tan tarde. El sol todavía está alto -pensó. C el reloj de Onofría está roto.

Tomó por el camino corto hasta llegar a la alameda, pensando en lo que Juancho le había dicho mucho tiempo antes, cuando se enteró de que su madre moriría de noche:

- Mirá Zulema, la vieja se va a morir de noche y no quiero que esté sola. Así que estate en las casas antes que anochezca.

Nunca le había preguntado a su marido cómo sabía con tanta certeza cuándo moriría su madre, pero ella estaba acostumbrada a creer lo que el Juancho le decía y a obedecerle. Sólo una vez que le juró y le rejuró que estaría con doña Amelia antes de cada anochecer,

el Juancho se había sentido seguro para ausentarse por semanas enteras para ir a hacer al monte.

Llegó a la casa en cuarenta y cinco minutos, cuando la sombra del bosque se proyectaba inmóvil a través del porche alcanzando la sala por la puerta abierta, como todas las tardes.

Doña Amelia dormía sentada en su sillón con la labor se tejido entre las manos, sobre el regazo.

Zulema suspiró aliviada entre sofocones y sudor.

- Ese reloj de porquería -pensó.

En ese momento, el sol prosiguió su ruta ardiente hacia un ocaso demorado.

Apenas pisó el porch, la anciana empezó a abrir sus párpados apergaminados, revelando unos ojos totalmente azules: percibió el

olor familiar de Zulema que venía desde el sueño, miró el horizonte como todas las tardes y luego el jardín con las hortensias.

Las plantas estaban acostadas en el suelo de tanto calor, sus hojas lánguidas y desmayadas colgaban de los exhaustos tallos.

Entonces miró a Zulema, le sonrió y le dijo:

- Esta noche me muerdo, m' hijita.

El día posterior al día en que el sol de detuvo y de la noche en que doña Amelia murió de vieja, don Guillermo y Alfonso jugaban damas debajo de las glicinas de la plaza de Almeida. El cura a un costado observaba los movimientos lentos y precisos de los jugadores. La tarde se llevaba aquel

aroma de siestas y calores hacia el faro de la costa.

- Así que murió doña Amelia -dijo don Guillermo.

- Por la noche -amplió el cura.

- Dicen que el sol la anduvo esperando, porque la nuera se atrasó -dijo Alfonso.

- ¡Esas son supersticiones de ignorantes! -aseveró don Guillermo.

- Para mí que tenía que arreglar algunas cosas, hacer la comida y dar las últimas indicaciones a la Zulema que siempre fue medio despistada. Me dijo mi señora que llegó una hora después de que muñera, que doña Amelia hasta le escribió una carta de despedida al Juancho, después regó las hortensias, se acostó y se murió. Créame padre, el sol la anduvo esperando -dijo Alfonso.

Lo cierto es que el sol se detuvo aquella tarde aunque nadie supo nunca por qué. Eran tiempos de prodigios en Almeida y aquello ocurrió mucho antes que Juan el del faro fuera despedido de su puesto por enamorarse de un espectro, antes de que Mónica pañera al hombre más hermoso del mundo, antes de la Revolución y mucho antes de que mis padres nacieran.



CHICA MODELO

Durante generaciones lo hemos hecho así los varones de mi familia. Mi abuelo se volvía loco por las gorditas, mi padre las prefería pechugonas y a mí me tocaron delgadas. Y no es un capricho de lo que les hablo. Lleva toda una dedicación: veo todos los desfiles de modelos, compro todas las revistas y estudio cuidadosamente los interesantes reportajes de las chicas top.

No hago caso de los que se burlan de mí y mis antepasados diciendo que "me tocó bailar con la más flaca". Lo que pasa es que tienen envidia. Yo sigo adelante en mi afán de encontrar la perfección y luego de dejar a mi ex-novia por haber engordado un kilo, empecé a salir con Olivia, una morochita que salvé de la bulimia convenciéndola de que para adelgazar y ser aceptada en la sociedad bastaba con comer poco y nada. La repercusión entre la gente se hizo notar rápidamente, aunque la mayoría ponía cara de asco ¡cuánta envidia!

Y no se crean que es fácil seguir con rigidez lo que dicta la moda, cuesta acostumbrarse. Al principio solía confundirme y si estaba desnuda no sabía muy bien cuándo estaba de frente o de espalda. Al transitar la calle debía sujetarla fuertemente para que no cayera dentro de alguna rejilla y una vez que viajamos a los Palmares de Colón, le saqué diez fotos a los troncos de las palmeras creyendo que se trataba de ella. Situación similar sucedió cuando atravesamos el cañaveral.

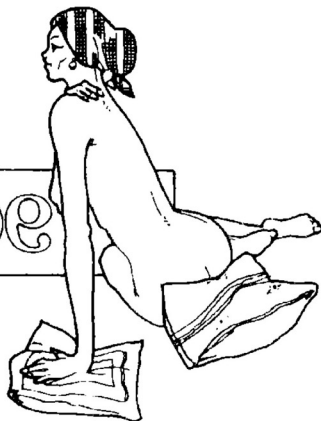
Nuestro romance se desarrollaba mientras ella golpeaba las puertas, con la poca fuerza que tenía, de todas las agencias. Para probar suerte en una ocasión se tiñó el cabello de rubio. Al otro día me llamó y fui a su casa. Me atendió la madre diciéndome que tomaba sol en la terraza y al encontrarla saludé a la escoba que yacía en el piso. Creí que no me contestaba porque se había quedado dormida.

Y así transcurrió nuestro amor a pesar de todos los obstáculos que podían alterar su futura carrera, como la comida, aunque fueran frutas y vegetales, los psicólogos y doctores alarmistas o el viento que solía alejarla y separarnos durante días o meses.

Yo hacía lo imposible para que saliera adelante y venciera sus frecuentes crisis nerviosas e intentos de suicidio. La convencí de que no estudiará ninguna carrera ni terminase el secundario ya que tarde o temprano la llamarían al éxito perpetuo, todo lo hacía por amor a ella y por salir en la tele y revistas acompañándola en las fiestas.

Pero no se crean que su cuerpo esquelético me traía sólo problemas, también tenía sus beneficios: si nos invitaban a algún asado, yo comía por ella. Si se quedaba a dormir conmigo, alcanzaba con mi bufanda para que la usase de frazada. Si al salir del departamento me olvidaba las llaves adentro, ella volvía a entrar por el ojo de la cerradura y asunto arreglado. Hasta le presté mi pulsera cuando todos sus cinturones le empezaron a quedar grandes. La solidaridad ante todo.

Pero como todo en la vida tiene un final, lo nuestro no fue la excepción. Un día prendo el televisor y veo al supermanager Pancho Choto anunciando que las condiciones para ser una top model habían cambiado y a partir de entonces la estatura mínima ya no sería de un metro setenta sino de un metro ochenta y como ella mide un metro setenta y nueve... bueno... comprenderán que no podía seguir con alguien que no respeta las reglas. Le expliqué todo eso y con mucha amabilidad le dije que no servía para nada y que en este mundo de competencia no hay lugar para perdedores.



MARCELA GALUPPO

¿DONDE ESTA EL DOCTOR?

Con cada caída el pavimento se ve como el cielo. Pero, por qué caí? No sé bien, seguramente perdí algo o quizás el..., eso fue.

Recorri mi mano más cerca de mi mano y la sabana con rayas de quien era?

Ella me sujetó a la cama. Cada mancha había crecido y necesitaba una foto mía para recordarme. Vos me lo podés contar pero no va a funcionar.

Un doctor, tendría que pasar uno. Los lunares, ellos eran como un punto cada uno, yo hacía constelaciones y media sus simetrías.

Nunca se me ocurrió marcarlos, qué hubiera puesto? Sus coordenadas en una hoja o cruces en fibrón sobre mi cuerpo?

Siempre pienso cualquier cosa hasta que llega el doctor. No me puedo mover, y si pudiera iría al cine, a quedarme quieta ahí, ya sé.

A lo mejor me hizo mal algo que desconozco, que está ahí en la ciudad. No. También puedo estar loca y somalzar, si el doctor me explicara. Las noches acá son con luz en el pasillo y un sueño simulado.

Un día me vendaron todo el cuerpo. Y desde esa momia cambié la piel. Y esa fue la primera vez.

El doctor nunca vino y si venía no se acercaba. Nadie le explica nada o se nota que no saben qué decirte. Sé que salí sin saber qué tuve y a veces me acuerdo.

EL RANCHO

Entró en el rancho como si ejecutara un rito milenario, una rutinaria ceremonia. Sus manos, al descuido, acariciaron el marco áspero y sin lijarse de la puerta, que esas mismas manos gruesas y curtidas habían hecho. Entró al rancho decidido, con la certeza de que podía recorrerlo rápido. Eran sólo dos habitaciones, separadas por una cortina con dibujos de flores, unas flores coloridas y que él no conocía.

Parado en el centro de ese cuarto, que servía de cocina y comedor, paseaba sus ojos por las paredes, tiznadas por el cálido hollín de la cocina económica, que lo observaba desde su rincón parada sobre sus patas chuecas. Muchas madrugadas de invierno se había sentado junto a ella a matear en silencio, tratando de no pensar en el frío que congelaba su cuerpo y su esperanza.

El y su mujer habían hecho esas paredes. Con sus manos, de a poco, amasando el barro espeso, agregando la paja, trayendo el agua y haciendo más barro para seguir amasando. Y las paredes se levantaban cada día un poco más. Después hicieron la estructura para el techo, y con la paja brava de filo traicionero que abría las pieles como si un cuchillo invisible flotara entre sus hojas, hicieron el techo. Y por fin dejaron de dormir bajo la escasa lona, que los cubría apenas de las estrellas. Tenían rancho.

Faltaban dos meses para que la isla viera nacer a su primer hijo, pero este se apuró. Quizás fue la humedad, el frío de la intemperie, los esfuerzos para levantar los mazos de paja o la luna redonda y brillante ansiosa por acunar al bebé. Él la ayudó, asustado, pero ¿qué podían hacer tan solos, tan lejos, tan ignorantes? Lo enterraron bajo unos saucos vestidos de enredaderas floridas y le hicieron una cruccita de palos. Después vinieron otros hijos y con el tiempo hicieron la otra pieza, igual a la primera.

En ella vio, al descubrir la cortina floreada, los cuatro colchones atados en rollos sobre el viejo ropero de madera cuyas puertas entomadas parecían pedir un abrazo de despedida. También se amontonaban allí, algunas frazadas con muestras de la voracidad del tiempo. La inflexible pobreza no permitía su cambio. Él nunca abandonó las esperanzas, los sueños, las ilusiones, pero cuando parecía que estaban entre sus manos, como los peces, en un salto brillante desaparecían en el río.

Voió a la cocina con su cuerpo agotado de viejos desvelos, de sueños hundidos junto con las redes, de interminables remadas contra la corriente del destino. Tampoco aquí había mucho para ver. Aparte de la "económica" sola en el rincón, una mesa simple y una alacena, en cuyo techo se amontonaban sus escasas pertenencias: una mantel viejo, unos vasos de plástico, unos platos enlozados con las cachaduras propias y un farol a querosene, igual a otro que colgaba de un alambre desde el techo como una piñata luminosa. Su luz era tenue, amarillenta, tristonca. El hombre lo descolgó casi con ternura para apagarlo. Por la pequeña ventana del rancho, el amanecer de noviembre le regalaba un rojizo resplandor, que le permitió distinguir la silueta de su mujer y sus dos hijos sobre la canoa. Sintió como un golpe, la desesperación de sus miradas y el silencioso esperar de la partida.

Entonces los recuerdos, la impotencia, la bronca le humedecieron los ojos, pero él le echaría la culpa al humo del farol.

Salió despacio, sin ganas de hacerlo. No había más nada para ver, el rancho el chico y el agua ya le besaba las rodillas.

Afuera, la creciente rugía su canto de destrucción.

LA VECINA

Desde mi lugar la veía. Erguida y bella, cargada de flores exóticas, en el balcón vecino al mío, un ámbito cerrado con vidrios transparentes.

La espiaba por las mañanas cuando el sol iluminaba el sitio y se daba un espectáculo especial. Parecían encenderse las extrañas flores y lograban fascinarme. Mis ojos absorbían la belleza de esa planta solitaria, en el balcón del departamento vacío. Sí, vacío. Lo había averiguado por curiosidad y por cierta sensación indefinible. Me sorprendía tal vez, el propio ejercicio de contemplar a una planta y preguntarme además, cómo era posible que viviera sin agua y con tan sólo el aire viciado de ese balcón que nadie abría. Si bien muchas plantas viven sin demasiados cuidados, a ésta la habrían olvidado, abandonado acaso.

Una mañana, mientras me hacía el nudo de la corbata, salí al balcón para indagar cómo pintaba el cielo y espiar de paso a mi vecina. Vi algo insólito. Una visión de planta-flores-luz, mientras desde la maceta redonda y grande que la contenía, iba ascendiendo en círculos, envolviéndola, una enredadera que parecía abrazarla, saltando a la vez unas pequeñas hojas de color verde intenso. Todo esto se desarrollaba ante mi estupor, como un vívido ballet de rápidos movimientos.

¿Cómo asumir lo que estaba viendo y a quién contar lo sucedido si el asombro exaltaba mis nervios? Me dije que estaba loco. No era normal lo que creía ver. Esa escena, esos movimientos. No podía sino estar sufriendo visiones. No obstante mi confusión, opté por ir a la calle para alejarme y tratar, trabajo mediante, de entrar en el ritmo habitual.

Decidí abandonar mi absurda contemplación por un tiempo.

Y cumplí. Hasta que una mañana, cuando el sol parecía aferrarse al familiar cerramiento de vidrio, más sereno volví a ver a mi vecina, como solía llamarla. Resplandecía extrañamente fusionada y era aún más bella integrada a la singular enredadera.

Tenia como siempre el poder de desconcertarme, si bien me transmitía a la vez cierta paz. Apelé al razonamiento, para intentar aclarar mis contradicciones y decidí olvidarla a mi planta y a lo que de ella parecía emanar.

Pasó el tiempo

Un día me enteré que habían vendido el departamento y que estaba siendo remodelado en su interior. Por el portero averigüé que los propietarios habían colocado alrededor del balcón una cortina de lona para que el sol, fuerte en las mañanas, no afectara a unas plantas que estrenarían el sitio.

Verifiqué el hecho. Pensé en "mi planta". Quise verla. Ante mi requerimiento, los dueños y el portero, coincidieron en afirmar que jamás planta alguna había estado en ese balcón.

-La robaron - pensé.

Esperé la apertura de la cortina de lona. Y cuando eso ocurrió, vi a mi vecina que, como siempre, estaba allí para que pudiera contemplarla.

Por supuesto que jamás lo comenté con nadie. Me hubieran tildado de loco, obsesivo, o vaya a saber qué. Mi vecina y yo nos entendíamos y era lo único que importaba.

FLAVIA NAHON

PUERTA 1

Dijo la psicóloga: "El día que aceptes que tenés un pasado, te voy a poder ayudar".

Agacho la cabeza y pienso bien para mis adentros "ufa, che". Por la ventana está entrando un viento frío y empiezo a temblar, "mi pasado es mío, no puedo contárselo a cualquiera". Ella se levanta para cerrar la ventana, y cuando se da vuelta ya no me ve. La misma corriente de aire azota la puerta y los vidrios estallan, pero yo ya estoy muy lejos.

PUERTA 2

-Buenas tardes -digo.
-Buenas noches diría yo. (Ya empezamos, pienso retorciéndome silenciosamente)
-¡Hacé mate!
-Hace vos. (Enciendo la hornalla, obediente, lleno la pava de agua y la pongo a calentar)
-¿Y el perro? -pregunto tratando de recuperar alguna simpatía. -
No se, fijate afuera.

Salgo al patio y la frescura de ese aire me emborracha. Empiezo a correr entre el pasto que llega a medir metros, y soy cada vez más pequeña. Un instante antes de palidecer escucho un portazo a lo lejos, pero sigo corriendo.

PUERTA 3

Como con los ojos cerrados, y con una velocidad inusual en mí. Me estrello contra una pared y despierto. Es alta y larga. Sola camino a través de kilómetros buscando por dónde cruzar hacia el otro lado. Ya me duele el estómago, y tengo los pies húmedos a causa del agua que entra por los agujeros de las zapatillas.

-Yo que vos no camino más -dijo la mujer de blanco.
-¿Cómo? -digo regresando a mí.
-Sí, que yo no caminaría más -se acerca flotando suavemente.
-No entiendo.
-¿Ves las plantas que hay en el muro?
-Sí (la pared está cubierta con una enredadera que parece un minucioso crochet)
-Bueno, correlas un poquito.
-Gracias. Toco una de las hojas y la planta se corre como si fuera una cortina, tras la que se ocultan infinitas puertas.

La mujer entra en una de las puertas y desaparece. Desde atrás me grita: -Buscá que seguro hay una para vos. Esa voz era confiable, y me animo a buscar una que me agradara. Pero eran todas iguales, pesadas y de madera oscura.

Encuentro una que me llama la atención. Tiene un cartelito que dice con letra bien grande "CIELO". Muchos la han buscado, "Las puertas del cielo". Para ver que se oculta detrás golpeo con fuerza, dudando aun que ésta sea la entrada al paraíso.

-¿Quién es?
-Yo. (Si aquí realmente mora Dios comprenderá el significado de mí "Yo").

-Acá no conocemos ningún yo.
Qué ingenua fui, cómo es que pretendí encontrar tan rápido este lugar. Puerta cerrada desde antes que se inventaran toda clase de cerrojos.

ULTIMO INTENTO CONCIENSTE

Recién ahora me doy cuenta de que llorizna. En este momento cambia la sensación de mis pies al caminar, lo que atrae mi mirada hacia el piso. Veo un gris y duro empedrado y mis pies desnudos por completo. Miro hacia atrás y veo mis zapatillas tomándose un café con mis medias. El aire es espeso y se me hace imposible respirar. Todo se vuelve negro en el momento en que mi cabeza se toca con mis rodillas. La siguiente imagen es la de un campo verde grande, sin fronteras. Levanto mi cabeza y veo que no hay horizonte... ¿cómo puede ser? Decidiendo que esta será la última vez, me incorporo y empiezo a caminar con lentitud. Pasaron días y días de movimiento, aunque por

las noches podía descansar un poco.

Pero cuando era justo el momento, veo en medio de esa infinitud, una luz violeta con forma de sol, que a modo de puerta se engiía destacándose en esa desolación..

-Clásico (Reflexión en voz alta) La famosa luz al final del túnel.
-¿Qué túnel? Me comige un flaco que hay al lado mío; y tal como apareció decide irse. Entra en la luz, y unos segundos después escucho el sonido de su risa que se aleja cada vez más.

Medito sobre si cruzar o no, después de todo hace como un mes que no siento cómo sonríe la gente. Introduzco una mano y escucho una voz maternal: -La nena nunca se llevó una materia, se recibió de inglés siendo la abanderada, está cursando una carrera universitaria, ganó un concurso de esto y la felicitaron por aquello.

Me abruma todo ese barullo, y apresuradamente meto todo el brazo. En ese momento se oye otra voz.
-La nena siempre fue un libro cerrado. Pronunció la abuela.

No quiero escuchar más, meto la mitad de mi cuerpo, de manera que sólo una oreja, un ojo, una mano, un pie, queden de cada lado. Justo allí, como último recurso, florecen de la nada dos voces más.
-Nunca nos dijo nada.

-¿Viste que yo tenía razón?!

Reconozco en esos gruñidos algunos matices de amistad; pero ignorando este lamentable cuadro, muevo la totalidad de mi cuerpo hacia el otro lado de la luz... Sería inútil tratar de formar explicación alguna. Qué bien, todo lo que necesitaba no estaba tras una puerta, ni en una voz como yo esperaba.

Río yo también, de algún modo me lo merezco.

LIDIA MORALES

CUESTIONES DE FAMILIA

de su libro *El Tiempo Feliz*

La vieja apoyó la pierna en el escritorio y el codo en la pierna, y miró al chico con picardía:

-Vos sos raro. ¿Sos homosexual?

-No.

-Entonces te drogás.

-Vamos, algo raro hay.

Deciselo a tu tía. ¿Qué hacés?

El chico levantó la mirada afilada de zorro:

-Mato viejas y las voy enterrando en el patio.

Ella se miró los zapatos y después se bajó despacito del escritorio.

-Con razón tenés las plantas tan lindas -dijo, y se quedó de espaldas, mirando por la ventana, para facilitarle las cosas. Después de todo, era su sobrino favorito.



OASIS EN LAS RUTAS

Si hablamos no ya de hobbies, sino de esas actividades semicólicas a las que anhelamos consagramos con pasión, poniendo en ellas el hábito de nuestras vidas, y que no nos atrevemos a asumir por completo en atención a una compleja trama de prejuicios personales y sociales, permaneciendo así en una cierta claudestinidad, lo mío ha sido, es y supongo que seguirá siendo mientras mis pulmones reciban aire, el perseguir oasis en las rutas. Esas manchas de agua que, en tránsito por casi cualquier camino que merezca ser llamado tal, se nos aparecen



al fin de nuestro campo visual, uniendo al cielo con la tierra, ancladas en el horizonte.

Recuerdo vividamente la primera vez que mis emociones se vieron agitadas por el descubrimiento de esas presencias lejanas. Tenía yo cuatro años de edad, e iba junto a mi familia rumbo a Mar del Plata. Acababa de pasarme al asiento delantero del auto, sobre el regazo de mi madre, y al levantar la vista hacia el frente, todo mi asombro estalló ante el agua que, distante, cubría el camino.

«¿Ese es el famoso mar?», pregunté casi gritando. «¿Ya llegamos?»

Mi padre, riendo, me dio algún tipo de explicación que no me satisfizo, tanto es así que no la recuerdo en absoluto, pero cualquiera fuese el argumento, mi entusiasmo no decayó. Sólo deseaba que papá acelerara el coche, que lo convirtiese en un cohete, para llegar cuanto antes a ese precioso lugar. Pues no me quedaban dudas de que así era, un espacio desbordante de belleza, con aguas cristalinas, y cubierto de árboles en sus orillas. Podía casi ver el fondo a través del agua, y se me aparecía igual de transparente, cubierto con una fina arena dorada, sobre la cual juguetean coloridos peces.

Si recuerdo que, luego de insistir incansablemente para que nos apresurásemos a llegar, papá y mamá me dijeron que no me preocupase tanto por alcanzar ese oasis, que así lo llamaron, sino que tratase de disfrutar intensamente las emociones que sentía.

Finalmente llegamos al mar, pero nunca amibamos al oasis, pues al tomar el desvío que conducía a la playa advertí claramente que aquél seguía viéndose al final de la ruta que acabábamos de abandonar. Más que desilusionarme, esta certeza acrecentó mi impaciente expectativa por volver a un camino que condujese a un oasis.

A partir de entonces, y hasta hoy, la persecución de oasis en las rutas ha sido una constante en mi vida. No sólo aproveché cada viaje para ello, sino que emprendí innumerables marchas aparentemente innecesarias con el único propósito de dar cabal satisfacción a mi afición. Más de una vez mi ansia me condujo a situaciones de los más diversos ribetes, tanto cómicos como bochornosos, grotescos como enojosos. Pues sí hay algo que tengo bastante claro, es que algunos viajantes llegan al oasis, fenómeno comprobado reiteradamente con mis propios ojos, que los ven adentrarse en las aguas, surcarlas y desaparecer, para luego, en ocasiones, reaparecer, y en otras, extraviarse por completo. Así es como me he lanzado a toda velocidad en pos de aquellos afortunados. A muchos jamás los alcancé, a otros sí, pero nunca, hasta ahora, he logrado obtener una sola confesión sincera. Me he hallado ante sujetos con la expresión más desconcertada que pueda imaginarse ante mi requerimiento, emanando inocencia de

toda su persona, rasgo que no ha hecho más que acentuar mis sospechas en torno a que ellos forman parte de una fabulosa conspiración, amparada en el silencio, ya que semejante derroche de inocencia no puede ser posible más que en individuos definitivamente culpables. He encontrado también violentos personajes, extraordinariamente irritados ante mis preguntas, demasiado enojados para no estar escondiendo algo. Imagino que muchos de ellos poseen las claves que anhelo descubrir, e intuyo que podré obtenerlas de sus propias bocas. Tal vez porque sea una tarea personal el acceder a ellas.

Es muy probable que esta fascinación mía sea como el loco vicio de perseguir utopías, de cualquier clase que estas sean. Uno va tras los sueños de un mundo mejor, en paz, con justicia, sin hambre, sin saber si los alcanzará, o a veces a conciencia de que no lo hará, pero igual va, y no deja de ir, y aunque no lo reconozca abiertamente ya se da por satisfecho con ese ir. Que no alcanza, pero es algo. Aspirando a más, pero sin dejar de hacer lo menos. Como cuando uno persigue oasis en las rutas.

GUSTAVO COBOLITO

LA LECCION

El ingeniero McAllister, titular de la Cátedra de Física Nuclear, sentenció con fastidio a su desatento alumnado: "¡¡¡E=mc²!!!". Es la última vez que se los explico, ¿me oyeron...?" Y enseguida ocurrió lo imposible de prever. Una vez que McAllister acabó con la enésima explicación de la fórmula, un vicioso alumno perteneciente al grupo de los más irresponsables, allá al fondo del aula, enciende un cigarrillo con toda naturalidad. A sus espaldas, en la pared gris, pende un cartelito de acrílico con una leyenda no discutible: PROHIBIDO FUMAR. El curso íntegro, atraído por la mirada congelada del Profesor, voltea y observa al indisciplinado. Un olor a reproche y reprimenda se huele en el aire. Pero justo en el micromomento en que la llama del encendedor comienza a quemar el papel del cigarrillo, se desencadena una estruendosa e inexplicable explosión que propulsó una devastadora nube de fuego y viento rojo que arrasó a los alumnos, al aula y a toda la Universidad, envolviéndola en un hábito irrespirable de azufre y celulosa.

El ingeniero McAllister* «sólo Dios sabe en base a qué prodigio» salvó su vida por milagro. El eficaz artilugio implementado no pudo ser descubierto dado que el ahora dos veces nacido Profesor mantuvo una superlativa y académica reserva.



*N. de la R. El Profesor McAllister reside actualmente en una tribu maorí de Nueva Zelanda. Los maories constituyen una raza de carácter enérgico e industrial. El Profesor McAllister se ha convertido, a la sazón, en brujo de la tribu, gozando de pleno prestigio y plenos poderes.

ESTELA PARODI

VOY A DESCANSAR EN PAZ

(de su libro "CUENTOS DESNUDOS")

Así llegué hasta aquí. Poblado de angustias, nostalgias y recuerdos que vienen y van. Desde que cerré los ojos a Isolda, tres años atrás, empecé a pensar que la muerte era una bendición para algunos. Había paz en sus ojos, como si al fin hubiera terminado con algún castigo.

Ella era rolliza y blanca. A lo mejor, demasiado buena. Siempre le encontraba el lado afable a las cosas. Por eso la extrañé insoportablemente cuando se fue, y anduve los primeros tiempos como un fantasma por la casa, buscándola en la sombra de las plantas, entre los rincones de los libros, en la taza del té de la tarde que dejaba enfriar sobre la mesa, llorando y repitiéndome que ya no volvería más.

Estoy seguro que el dolor la mató. El latente dolor escondido que llevaba dentro. No puede ser que una persona se guarde todo, y sonría. Ella era así, y para mí, el dolor se le atragantó un día en el pecho y le reventó. Tanta pena junta hace mal. Mejor era haberla repartido un poco a través de la vida. Gritarlo, como hacía yo, hasta la tarde que la enterré. Después, como ya no tenía a quién, adopté su actitud: el silencio.

Y entonces las ganas se me fueron gastando. Por supuesto que a los sesenta las ganas se gastan solas, pero las mías se agotaron de golpe cuando le pusieron la tapa en la cara, y ni siquiera pude llorar. Me tragué las lágrimas, como se las había tragado ella cuando lo de Diego, cuando él se fue a las Malvinas, a la guerra.

Yo estaba en el negocio aquel día de abril. De pronto escuché bocinazos y vi gente que pasaba apurada, con banderitas. No pude imaginar qué ocurría. Salí a la vereda y le pregunté a una señora que iba con un chiquito de la mano. Con una enorme sonrisa me contestó que habían tomado las Malvinas, que ahora sí eran nuestras. Una pavada, pensé. ¿Quién podía creer que los ingleses iban a quedarse tan tranquilos, mientras les enseñábamos a los kelpers a agarrar el mate y la pava?

El terror se deslizó por mis huesos, un escalofrío pensando en Diego, su cara blanca y sus ojos marrones. Cerré el negocio y fui volando para casa. Isolda no tuvo que decirme nada. Apenas abrió la puerta y la vi, de pie, apoyada contra la ventana, entendí todo. Ella giró la cabeza y, como una brisa violenta, su sonrisa me golpeó el pecho. No pude aguantar tanta tranquilidad junta en esa mujer.

-¿Te llevan al hijo? ¿No entendés?

La agarré de los brazos y maldije y la zamarreé para hacerla reaccionar, pero permaneció incólume, sin palabras. En ese momento, su tremendo temblor me mostró que un terremoto la abría por dentro, y se dejaba partir y ajar en veinte pedazos sin decir nada. Sentí su carne, fría entre mis manos, y ese temblor. La abracé fuerte y nos quedamos así bastante rato, los dos pegados. Le acaricié el cabello y nos quedamos así, mientras la gente seguía apurándose afuera, con las banderitas levantadas, felices, porque teníamos un trozo de tierra más.

Diego partió una mañana nublada. No sé todavía si fue la neblina o la tristeza velándome los ojos, lo que entrecortan el recuerdo de

manos locas y pañuelos desesperados agitándose y agitándose como los birretes desde el barco, perdido de a poco en una nebulosa blanca. Y mis dedos, vacíos, tratando de grabarse para siempre la aspereza del uniforme.

Muchas veces sentí que todavía estaba prendido a esa chaqueta, mientras veía a Isolda mirar por la ventana con una sonrisa muerta. Muchas veces esperé que la silueta de Diego, recortara algún atardecer. Pero mi hijo, no volvió nunca del frío y el espanto de esa ridícula guerra. Se quedó allí, solo en aquella soledad.

Les entregué un pedazo de vida, y me devolvieron una carta y una medalla. Les di unos años jóvenes, una cara blanca con asustados ojos oscuros, y ni siquiera me devolvieron el pedazo de tierra. Y durante muchos años, desperté por las noches con la imagen de él, acurucado en ese suelo duro, y congelado hasta los dientes, y lloraba en silencio para no acumular más llanto al silencio seco de los ojos de Isolda, fijos sobre el techo.

Lástima que la pobre no pudo ir hasta allá. Este año me permitieron visitar la tumba de Diego. Una cruz entre tantas, un birrete entre muchos, una soledad indescriptible, adentro y afuera de los que allí estábamos.

Entonces, cuando llegué a casa lo decidí. Se me habían alojado los sentimientos y las ganas y agarré el revólver y... No crea que lo pensé mucho, un instante apenas, y bueno, llegué hasta aquí, poblado de angustias, nostalgias y recuerdos que vienen y van, pero feliz, señor, porque estoy seguro que cuando usted abra esa puerta y yo pueda encontrarlo con Isolda y Diego, al fin voy a descansar en paz.

SILVIA LOPEZ

UNA PISTA DE BAILE

Un hombre camina por el centro de la ciudad. Esquiva pilas de botellas mareadas con paso vidrioso. Se desplaza por el costado más frío de un muro y después se detiene en la esquina. Le hace señas al fileteado lento de un ómnibus que lo traslada por calles vertiginosas hasta la vereda de enfrente. Allí se encuentra con el recuerdo de una pista de baile. Entra. En el medio, una mujer que gira solitaria, le acaricia la cara con el color del asombro, le roza el cuerpo con el sonido de antiguos disfraces. El hombre, para impresionarla busca una palabra doble, pero no logra descubrir la palabra espejo. Busca una palabra que la deslumbré, una palabra con un fulgor que cante alas en la oscuridad, pero ni siquiera adivina una parecida a crisálida. Sólo piensa la palabra arena, que se le deshace en los labios apenas la pronuncia. Cuando al fin logra decirle que está triste, ella, que lo observa cuidadosamente, no lo cree, porque comprueba que el eje de cada una de sus lágrimas no coincide nunca con el eje de su tristeza. Entonces, él se aleja durante horas, en medio del humo de su cigarrillo, y a lo largo de una baldosa, sin apagarse.



LA NOCHE DE AGOSTO

Las paredes caían sin remedio y se confundían con el gris del suelo. Las mujeres del lugar eran putas tristes y apagadas. El posadero, con su trapo, lustraba el tablero oscuro, que era el único espejo donde se reflejaba la esperanza. Allí, no era necesario hablar porque los compases comunicaban el ir y venir de uno y otro sueño. La más joven se sentaba sobre el mostrador y cruzaba las piernas mientras fumaba. De vez en cuando un hombre apoyaba el rostro sobre su falda y ella echaba la cabeza hacia atrás, hacia ayer, hacia alguna infancia. A la más vieja la encontraba el amanecer desenredándose de los cabellos de la noche. Como de costumbre, en su rincón, Angel silbaba huracanes, negaba su muerte y tres niños lo floraban. Esa noche de luna en mengua y bajamar, surgía Agosto de la penumbra. Se acomodaba bajo un hilo de luz y se sentaba sin mirar. El caganito cesaba y él apretaba el bandoneón como a un tiempo que por fin recuperaba. Oía el silencio de los conocidos, buscaba en la penumbra al posadero y lo hallaba otra vez orillando recuerdos. Las putas excitaban sueños de lupanar, a Angel lo envolvían vientos sin territorio y sus niños derramaban lágrimas mitigadas. Ya estaban todos, recuperados de la ficción de los días. Entonces, cerraba los ojos, abrazaba los acordes con ausencias y el tango se hacía espeso y los arrastraba a sus confines. La densidad de aquellas notas lamía el sudor y la pena y la bravura. A cierta altura de la madrugada, los hombres volcaban sobre sus cuerpos las copas de caña y las mujeres se dejaban besar. El tango no cesaba. Aún cuando Agosto lo soltaba, el fuelle, tendido en el suelo, se retorció, propagaba su memoria, se abría, se desgajaba. Aquella, era la noche en que Agosto la animaba a bajar del mostrador y le ordenaba los cabellos.

MIGUEL ANGEL RITONDALE

COLORES

a G.

Verde de brotes, agua, musgo. Verde de savia. Vida.
 Rojo sangre, vino, fuego. Rojo en labios, tacos, bragas.
 Azul de mar, cielo, fuego. Azul de dos ojos, dos sábanas,
 un sueño.
 Gris en ropas, nubes, canas. Gris en caminos por donde
 no va a pasar el sol.
 Púrpura de rostros, espaldas, manos. Púrpura que deja el
 látigo de los dueños.
 Violeta de las catedrales, cubriendo las imágenes en
 Semana Santa. Violeta y belleza en los ojos de Liz.
 Amarillo en soles, desiertos, fuego. Amarillo dorado de odio
 en ojos felinos tras la reja.
 Marrón de ojos, pies, pasos. Marrón de barro, tejas, casas.

PUERTO

El hombre de la camisa negra está solo.
 Apoyado en un enorme cajón, se ve como esculpido en el aire salado que lo envuelve.
 Es lo único inmóvil en el calidoscopio del puerto enfiebrado.
 Sus ojos, fijos como piedras duras, parecen amarrados a un sueño siempre vivo. Y mientras él sueña su sueño, yo lo pienso.
 Siento que el barco anclado lo fascina como un umbral abierto a lunas nuevas y lo impulsa a pensar que la aventura habita en la otra orilla.
 Quizás él imagina que si zarpara, los grises eslabones que forman la cadena que lo ciñe a sus días incoloros, barrenarían el agua hasta tocar su fondo, desprendidos de su alma como peces.
 Tal vez no mira el barco, sino el agua, con su pupila obesa y desvelada, tratando de violar el infinito y arrancarle su clave indescifrable.
 Quizás el hombre de la camisa negra quiera escapar a angustias heredadas y mire enajenado el mar que puede disolver sus ataduras y devolverlo libre y sin memoria.
 Tal vez no tenga angustias heredadas y el mar sólo le atraiga como un antiguo cofre guardador de naufragios y de mitos.
 Tal vez descrea del mar y su misterio y el agua es sólo el agua para él y la magia y el mito no lo tocan.
 Quizás el hombre de la camisa negra es ciego, por eso la obstinada fijez de sus ojos y no sueña con partir en mi barco porque no lo ve y ahora está mirando otro mar invisible que vive dentro de sus ojos muertos.
 Quizás no mira nada. Quizás no sueña nada.
 Quizás hace tiempo que no está en ese puerto, apoyado en ese cajón que nunca estuvo.
 De todos modos, mientras el barco entila suavemente su proa hacia un camino de aguas y de estrellas, alzo mi mano lenta y saludo al hombre que quizás no esté.

TALLER LITERARIO CIUDAD GOTICA

Coordinado por Andrea Ocampo

Complejo Cultural de la Cooperación

Consultar al tel 391200

MARCELO JUAN VALENTI

LAS CARIATIDES LACUSTRES

Llegaron al río al atardecer. Eran de una belleza austera, las cabelleras y los vestidos negros. Sobre sus hombros, en una esterilla, se desparrramaba un anciano decrepito.

Vivían en las afueras del poblado, en el que aparecían rara vez por alguna causa de fuerza mayor.

Por eso, cuando las lavanderas y los chicos las vieron llegar se detuvieron e intentaron leer en esta aparición algún presagio.

El anciano se llamaba Nautam y se moría. La vida se le iba como fluya el río, con placidez irreversible. De joven había sido el más vigoroso de los pescadores, de los nadadores, de los remeros. Y antes, en la edad en que se corre sin saber a dónde ni por qué, andaba como un torbellino por la costa, la desnudez cobriza apenas limitada por un taparrabos. Salpicaba a las lavanderas y les dejaba un estallido dorado como recuerdo de su paso. Y desde siempre, durante la noche, el río se escanciaba en sus sueños y le parecía que casi no había diferencia entre velar y dormir. Todo transcurría en un escenario único.

Y ahora quería tocar el río por última vez, ayudado por la media docena de hijas con que lo había dotado una paternidad tardía.

Con el anciano a cuestas atravesaron las calles desiertas.

El silencio que generó su llegada a la costa pareció intimidarlas. Dudaron un instante. Un segundo apenas. Tal vez las animó que los pájaros siguieran cantando y que el río fluyera interminable.

Avanzaron hasta que a los pies descalzos de las seis los cubrió el agua. Entonces volvieron a detenerse. Pero esta vez la voz del padre las urgió a continuar, hasta que el agua les llegó al pecho.

A Nautam le bastó con bajar los brazos de la esterilla para sentir el río. El agua circulaba y parecía renovar su fuerza. En realidad avivaba los recuerdos y los sueños. La vida comía tan cerca, que Nautam intentó atraparla con sus manos. Pero en sus puños sólo encontró los cabellos de sus hijas. Cerró los ojos y dio la orden de regresar.

Las mujeres iniciaron la dificultosa retirada.

Sólo se detuvieron una vez, cuando escucharon un gemido de Nautam, quien con las manos crispadas escarbaba en el aire. El sol doró a esas cariatides lacustres que sostenían un templo decadente. Enseguida, Nautam volvió a la inmovilidad y al silencio. Ellas continuaron y se perdieron en el poblado.

Nautam murió esa noche.

El pueblo se sumergió en un entramado de rumores y mitos que anegaron las mentes de los contemporáneos y se desbordaron a través de las generaciones. Todos encontraron en esa visita al río algún significado, un símbolo, un presagio.

La verdad que el agua pudo revelar a Nautam murió con él, o quizás, la heredaron sus hijas.

A ellas nadie volvió a verlas.

AUGUSTO MARTIN

ABRI LA BOCA Y UN IDIOTA HABLO...



Breve y Brusco.

A lo lejos todo se malentende.

...usted hace preguntas positivas directas... no, no estoy preparado para recibir a nadie... Puso su réplica con silencio, con silencio que no aprueba; o los que te hablan de su mediocridad y hacen apología, es un recurso de doble sentido, evidenciarse para descontar, como eso de ...que lo' loco nos

cuidamo' entre nosotros', nos ayudamo' entre nosotros'...decía una haciendo esa glorificación de una hermandad o confradía invisible que une a todo' lo' loco' que se identifican a través de, bla, bla, blar y qué sé yo qué...

...son todo' uno ratone' bárbaro, viendo a ve' que pueden garronear.

Ingresaba a códigos ajenos de otras gentes y los hacía suyos usando sus mismos objetos de status.

...no puedo mostrar luces e inteligencia a cada momento... no puedo mantener el mejor personaje todo el tiempo, puedo ser también obtuso y vulgar... puedo pensar cosas que nunca digo...

Mitos ingratos. Lo que se ve tiene un sentido único de antemano dirigido a algún propósito. Quién no espera una garantía de objetividad. Siempre es pasmoso el dilucidar el "¿asi sucedieron las cosas".

... porque pagás unas cervezas te creés que te podés quedar todo lo que quieras? - ...yo creí que estaba todo bien. - ...creíste mal.

Ves pasar el carro con lo' ciruja y entonces' de qué te quejá, hay que ser menos maniquita.

...lo miserable de esa' relacione'; callar, no dar de comer a los idiotas.

Pero llega el día en que el viejo deseo se cumple; la realidad lo recoge. Obvio significa que va por delante. Un sistema de destinación. La suerte puede que desaparezca con el agua.

Observaciones ridículas con pretensiones de ser originales.

Aimentar a los sentidos en todo momento, alerta en todo, no se le escapaba nada. - ...no sabe' como e', no sabe' como está...

Dieron con el virus de la información genética, con los mismos patrones y resultados esperados; no poder zafar de la estructura; se la repite por más distintos que sean. Antiguo objetivo, perverso plan, de formar gente igual por generaciones. - ...¿y esto de cuándo viene? - ...esto estaba ya pactado, antes de que ud. naciera, amigo, ¿entiende?

GRACIELA HERRERO

ABRIL

Ahora que el otoño ha parido
 su enésima criatura de hojas errantes
 y sobre los senderos inciertos de las utopías
 abril es una puntual dalia deshojándose;
 ahora, traspasado va mi corazón
 por la semifusa certera.
 Y hay plenitud de desasosiego,
 espina grave,
 y un hato de musas
 transitando la vereda par de mi alma...



(Quizás mendigue una esquila de amor a la impronta
 y las palabras se troquen en luciérnagas desquiciadas
 y relumbren en tu manantial de vertientes oscuras.)

CECILIA REVIGLIO

DETRAS DE UN VIDRIO

Es la imagen difusa,
 la que vuelve,
 la figura de alguien
 detrás de un vidrio empañado,
 como moviéndose siempre,
 como inconstante e
 inconsistente,
 como inasible, etéreo,
 volátil hasta el hartazgo,
 híbrido hasta el cansancio,
 ajeno hasta lo insoponible.

CLARITA REBOTARO

AREA VITAL

Por distraer mi pena
 pienso una delicia innombrada:
 Tu primera enseñanza
 máxima expresión
 de mi futuro
 y con fonética cariçiosa
 te llamo
 desde las vastedades sin dueño
 de un idioma intraducible.

En vano...
 A solas...
 A oscuras...

RAQUEL MONGIELLO

Una pausa de la luna
 soborna espacios de glicinas,
 regresa grillos
 detrás de las sombras
 y revela intimidad
 en la memoria anónima
 de una piel que vacila
 y cuenta silencios.



FRANCISCO GANDOLFO

DIFERENCIA

El paraíso está en la tierra
 compuesto por el agua,
 los vegetales y los animales.
 A estos personajes los banca el sol
 y a nosotros también,
 con la diferencia de tener
 en contra o a favor
 a Lucifer o a Dios.

LUZ

Siempre sucede
 que mi cabeza brilla
 como una lamparita
 cuando leo mucho.

*Por eso mi mujer se affige
 si sigo con mi libro
 más allá de la medianoche:
 la luz de mi cabeza
 le impide a ella dormir.*

Esto es consecuencia
 de dos signos respetables del cerebro:
 el positivo y el negativo
 que generan electricidad.

CRISTINA TSEBNOTOPULOS

MORADA

donde se exhuma la ferocidad y la dulzura
 y por eso el silencio es concreto

donde el sol tamiza su transparencia
 y por eso los árboles son infinitos

donde soy nictálope
 y por eso llevo muy lejos y soy feliz
 aunque no sepa a dónde ni por qué

donde la memoria es un epitome de la luz
 y el reposo
 es la paz de mayo deslizándose por la ciudad.

ANA VICTORIA LOVELL

Cuando se duerma
le arrancarás los ojos al sueño
con esa cucharita de plata
penetrarás en sus órbitas
aún tibias
minúsculas partículas
se deslizan ahora por tu garganta

(no duele, te lo aseguro)
sólo es un trámite más
el último
para cerrar tu expediente

REESCRITURA DEL ANGEL

Y era la ruindad alada
cuando te aferrabas al
ruedo del silencio
¿era ésa la misma voz
-tu padre- que recriminaba
el bullir de tu vagina?

Dicen del ángel
que ante el fragor del porvenir
se aferra a sus ruinas
mécese ángel en sus nanas
nanas que muertas mecen
niños ángeles

Dicen que la mirada
engendra a su criatura
criatura que exilia
su mirada o se
abisma
en epítalo

MARTHA DARÍO

Sólo en la intimidad,
la esencia de los pensamientos nos pertenecen.
En la realidad,
tal vez no es lo que parece.

Quizá... sólo sea una representación disfrazada,
a la luz externa de lo recóndito...
porque sólo en la silenciosa conciencia
se guarda el verdadero rostro del ser...

MARCELO SCARAVILLI

SABADO DIEZ DE LA MAÑANA

Sembrar la hojarasca caída
Recoger los vientos
Vagar

Entre la misa de once y matusafén
Entre repisas y una sylvopen

Comprar un penthouse
Abrir una tela
Pintar el paraguas
Llamar al alfil afilador
Recoger la ropa
Almorzar dinastía
Merendar kiwi
Abundar en discreción
Ser inglés
Todo rojo, blanco, siempre azulado.

SUSANA SPINA

RECETA ANTIGUA

Cuando me hieren
Finalmente picada una cebolla
lloro cortada en rodajas
a fuego lento hasta obtener el ámbar
doraré el sol en tiempo
agrego tomates rojos triturados y sal
necesario para bullir
ahora si pimientos verdes en juliana
es éxtasis una gloria lograrlo
con laurel y orégano tan verdes,
como esperanza oliendo
poner presas desgrasadas deshuesadas
lo que quedó de mí y así
comeremos pollo a la portuguesa
y de rencor deshuesada
habitaré la casa en domingo.



STELLA CONTARDI

OTOÑO

Voy al encuentro del dorado y melódico otoño.
Sobre la palma de mi mano, sobre mi cuerpo,
muy cerca de mi corazón, deambula la hoja seca.
Ella conoce el itinerario de mis pesares y mis alegrías.
Su recorrido acanicia mi piel.
Algo mágico y fragmentario a la vez se desprende de esa hoja...
Algo que imperiosamente nos precade y permanece.
Arrancada del árbol ya maduro del gozo de la vida,
acepta su destino final sin miedo ni nostalgia.

MARCELA ARMENGOD

STRIP-TEASE 1

La mujer ofrecida
y ese deseo
que no puede
que no deja
de saciar

he aquí la tragedia

ese deseo
que compra
que vende
su propia saciedad.

STRIP-TEASE 2

Los muros del deseo
han sido
cuidadosamente levantados

bañó la canción
entonces
aquella
del olvido.

ALICIA GÖTTIG

LA MATERIA DESIERTA

Desgarrado cuerpo
luchas para no seguir lastimándote.
El espíritu se golpea,
entre paredes cada vez
más allá ...
... buscando, su libertad.
El oscuro silencio
no logra rescatarlo.
Sigue la lucha.
No se oyen disparos.
Ni gritos.
Ni llantos.
Angustia y desolación.
La materia desierta.
Invasida por el horror,
del olvido

20

GUSTAVO REYES

POEMA ORAL

Siento la presión de su caricia
correr por mi vientre,
tropezar con mis vellos.
Pronto su boca reemplaza las manos
y desciende con fricción.
Sobre mi falda:
sus cabellos se expanden
cual dorado mantel.

INTERROGANTE

¿Adónde irán a morir las aves,
adónde, los peces?
Yo sé que los hombres mueren
en trincheras,
cámaras
y genocidios.

ESTADÍSTICAS

Sobre la totalidad de alienados en el país,
una tercera parte satura
los nosocomios,
un quince por ciento arrastra la mendicidad
por puentes y acueductos,
otro tanto se reduce a las sectas y al suicidio,
unos pocos huyen de sí mismo
y -la minoría restante-
nos gobierna...

(De su libro inédito "Poemas")

IOANIS TSEBNOTOPULOS

pensar en las sombras
honrar los fantasmas
morir en un grito
que nadie oye
que no golpea
y no duele
que mutila
y destroza
y que nadie
siente



HECTOR PARUZZO

ANTES Y AHORA

Dice el clásico:

"De mis soledades vengo,
a mis soledades voy,
que para acompañarme
tengo a mi pensamiento".

Digo:

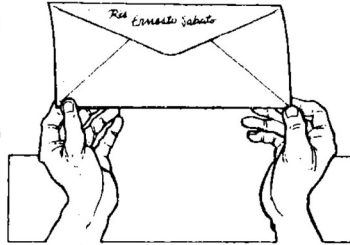
De mis muertes vengo
a mis muertes voy
que para acompañarme
ni siquiera me tengo a mí mismo.

CIUDAD GOTICA N° 12

JOSE BUTTICE

UNA CARTA DE ERNESTO SÁBATO ENTRE LAS MANOS

Y una rosa de sangre floreció en lirio solidario
extendido desplegado como una mano abierta,
mano travesía impostergable hacia otra mano
manos encontradas finalmente por los caminos
y los cauces confluentes de la palabra.



Siglos de laboriosa alquimia nos separan,
acaso inmensurables legiones de cielos y de soles
acaso innumerables cordilleras de carbono:
en medio destes dos hombres que ya no ignoran
el otro latido, y descúbrense conformados y lácidos,
acaso también se extienden ancianas constelaciones
ilegibles

dilatadas secuencias del fuego, de los fuegos
desde aquéllos inaugurales, hasta éstos
apenas en cieme

Pero una rosa se sangre floreció en lirio solidario
pero el vuelo de una mano detúvose en otra mano
Sólo estas frugales transmutaciones admito
estas sencillas audacias reconozco, suscribo
(una carta de Ernesto Sábato entre las manos!).

ANA MARÍA SIMÓN

LA BOCA SE ME VA COMO PEZ

el agua amontona las uñas
corazas de moluscos a orillas de mis pies
llega la marea de sal
hasta el vientre
naufraga mórbida la madriguera de mis vísceras
y el animal
que guardo
serpentea hasta la lengua
donde el colmillo
muerte

cae
mi cuerpo
en la vileza del veneno
pero antes
la boca se me va como pez
y en la marea
me salvo
-en el poema-



MARCELA PROSPERI

Todo se desgrana
sobre el lienzo

gotas de sal
añorando el balanceo
de otros tiempos

inmóvil

Silencio infinito
devolviéndote
a la orilla
de otro mar
que tal vez
te pertenezca.

JORGE ALBERTO BODNAR

VIAJE AL PARAÍSO

Entrando en la última galaxia
por el lado secreto de los sueños
tumbas abiertas por doquier
La gloria de los siglos retozando
desperezándose bajo los soles.

Tras la cerca encendida
la eternidad se desplegaba
y un aroma virgen a manzanas
venía desde la aurora inmemorial del tiempo.

Flores mariposas
pájaros estrellas
ángeles jugando
en un bosque color del mediodía.
Y mujeres
reales
o naciendo al ser imaginadas.
Mujeres de todos los tiempos
de todos los ensueños
soplando enamoradas los pecados
de un millón de atardeceres.

Algo ocurrió luego...
Recuerdo el alerta de un arcángel
un viejo de larga barba blanca
una guadaña
y una fuga milagrosa
en un acorde de guitarra.

Desde entonces. Canto.
La realidad y los sueños se han mezclado.
La libertad y el amor se me dispersan.
Me quedo. Dibujo mi partida
Siento un irresistible embeleso por la vida
y una imprecisa nostalgia por la muerte.

NAHUEL MARQUET

El presente es el desierto (leo)
algunas cosas flotan alrededor
y copian frases inentendibles y
con ademanes mastican saliva ácida
en la vereda
es el desierto
el presente
también es eso
que vos te pares en medio de él
y extiendas así los brazos
y tu sombra en el suelo que desciende
es eso que rebalsa
en un pozo en el desierto
y ese pozo es el ombligo del sueño
una amenaza
y eso que rebalsa también
es lo que queda de la parte de la luna
en el desierto

eso es todo lo que vive
y apenas se nota su movimiento
sólo algunos que dan vueltas manzanas
aparecen
recortados en la sombra
también es eso
el presente
tenés un ombligo
y un diamante
y el alba de mañana, todavía de noche
que se desdibuja

LYDIA ELISA PASTUSZENKO

POEMA CON NÚMEROS

Mi inventario,
un libro oscuro lleno de números,
34 años y 284 días,
todos usados
y muriendo en la desgana,
absurdos desde su raíz
brotada en triángulo:
vos yo y el tiempo
porfiado y abstracto
devorando páginas.

Hoy peso la vida,
tengo inventariados
12.694 días
saboteando mis sueños.



GERARDO AGNESE

región imperturbable
de la mirada
y el presente
este páramo intraspasable
espejo permanente del recuerdo
dejado en una zona
donde apenas si persiste la luz

¿qué nos queda por hacer
que no esté roto o disperso
apenas pasado el tiempo
mínimo del pensamiento?

bajo los escalones
con la lentitud de una babosa
ahora mis pasos son más lentos
y aún más fragmentados
que el recuerdo de mis pasos
cuando empecé a bajar

más amba o más atrás
no hay nada salvo distancia
y mi cuerpo
es cada vez más difuso

el fósforo se quema se apaga
se quiebra desaparece

sólo persiste la llama
en lo profundo
bajo los párpados
en la retina
apenas otro momento
quizá menos impreciso
que la vida

CRISTINA LESCANO

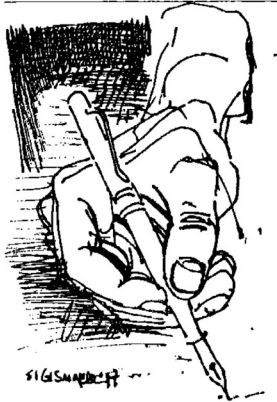
Que no estés inalcanzable y lejos.
Que me busques, si arrecian las sombras.
Y me atraigas, si me creo perdida,
y no sea: sexo, voz o sentimientos.
Que si soñando, persigo imágenes,
estés.
Que, si te separa, una distancia, un miedo, una interrogación
Aparezcas.
Que tu olor, tu mirada, formen parte de mí.
Que te presente mi alma, mi soledad,
y seas, viento, paisaje, cielos,
nunca, silencio nunca... piedras... irrealidad.
Que sobrevivas, aunque pase lo que llamamos Vida
y no te miren mis ojos...
Y, cuando abra mis manos,
y no te tenga o me tengas,
pueda, inventar tu voz, tus pasos... tus besos.

MARINA MACHIN

METÁFORA

El silencio se quiebra
mientras un ruido a sangre
como un animal
se funde en la niebla.
Y el sol se vislumbra tan cerca
penoso
se abre y se cierra
tal cual un coloso; que se hizo grande
un día, por ser inocente,
por débil, villano
por teso y prudente. Sin embargo,
extendió su mano
sus ojos, chiquitos, la luz lo cegaba
de frente y lejano mordió el infinito
y allí se quedó, tan tieso
velando
ansioso por verlo, tachando
las durdas, los signos, los puntos
buscando entre sombras, robando segundos y
tiempo: que vuelve más viejo
que emana de antaño.
Raíces que emergen
y cargan la culpa que astilla
que hiera y
que sin predicción nos grita:

Despierten!



MARIO A. PERONE

ESTAN LLAMANDO A ALGUIEN

Le digo al que escribe:
"¿Oyes? Hay viento
tendrás que hacerlo tú y
ahora.
Yo no creo que pueda al menos por
tú sabes, un cuchillo, una bala,
también un pensamiento y un
olvido.
Escribe, estás a salvo, ¿quién podría?
Hace frío o no tanto. Dime.
¿Oyes? Están llamando a alguien.
Sé que no sabe nada.
¿Te tiembla el lápiz o es mi vista?
A veces, quisiera hacer
preguntas.
Pasa el cincuenta y uno. Va hacia
el sur.
¿Que qué puedes?
Recuerda, el cuchillo, la bala,
también el pensamiento y el
olvido.
Ayuda.
No habrán de darte otra
oportunidad. Es mucho lo que puedes.
Son asuntos que se me aparecen cuando
pero qué digo yo.
A veces hacen falta algunos
asesinatos sagrados.
Yo cerraré los ojos y me
estoy escapando del mundo.
Tú sigue que ya es
tarde escribiendo. Quizás no esté del
todo más que un poco de
muerte."
Le dije.

CRISTINA MARTIN

RECORRIDO

En mi cabeza
un bostezo
un esplendor rojo
una naranja.

En mis caderas
un vuelo de mariposas
un azahar de miel
que elige mis esquinas
exaltadas.

En mis piernas
un viento de picaflores
sin sus jaulas.

En mis manos
se dobló la tristeza
de campanillas blancas.

SUSANA CAUZILLO
USANDIZAGA

AMARTE ASI

Amarte así,
loca, salvajemente...
Sentir la fuerza imperiosa
de tu abrazo...
Vivir la locura irracional
del desatino...
Huir de las normas inflexibles,
escapar de las gentes sosegadas
que no permiten al corazón,
vivir la dicha inmensa
de volcarse a un amor
así... ¡hasta el infinito!

CARLOS STICOTTI

Otoño desnudo,
ocre de pudor.

Soplos desafiante
desprenden
una bandada
de rubios poemas.
Aleteos agónicos,
incendiados de plenitudo
me desnudan los sentidos.

ARBOL DE ALEJANDRA

(de su libro "Mitologías")

a Alejandra Pizarnik

El árbol secreto hundía su enigma
 a cara oscura en mi costado.
 Yo era ese "árbol de otras edades"
 ni el primero ni el último
 cárcel templo misa ofertorio.
 En él nacían ramas como jarcias
 con "alas de piel verde y pájaros profetas".
 Yo era ese árbol. Los vientos sacudían
 con peine de oro
 la larga cabellera
 y dibujaban sombras de locura y de miedo.
 Árbol secreto
 fuente del óleo como lágrimas,
 en él la memoria deslizaba huellas
 bebía su vino.
 "Ahora la muchacha
 halla la máscara del infinito."

TERESITA LAFRANCONI

TUS MANOS

Tus manos ajenas
 desconocen la avidez
 de mi pasión inaudita.

Temerosas. Ancladas en sus miedos
 no pueden encontrarse con la
 dimensión de mi sed.

Silenciosas. Callan el lenguaje del amor.

De este amor mío,
 nuevo,
 insospechado,
 insondable,
 desesperadamente unilateral,
 que reclama y añora,

Tus manos,
 promesa de nido
 para el loco aleteo de mis sueños.

Tus manos,
 sendero esperado
 para la caricia que no llega...

RAUL LEANI

HIJO

Muchacho diáfano,
 hijo,
 cuando me miras desde
 el naciente y sonríes,
 una cristalina sinfonía
 de pájaros se bifurca
 en abanico hacia el sol,
 y yo,
 desde el preludio del
 poniente te pienso
 y me pienso avizorando
 la distancia de las
 postrimerías de
 la vida,
 y sereno, hago balance.

Muchacho diáfano,
 hijo,
 cuando abres tus manos,
 emergen constelaciones
 intensísimas, se fusionan
 creando llaves que abren
 las puertas al universo
 del despertar nuevo
 de la vida; y renazco.

Renazco habitando
 en ti, tú
 portador de la semilla
 fecunda del mañana.
 Y aunque el poeta diga,
 con razón, que eres hijo
 de la vida, yo te siento
 entrañablemente mío.



SIMULACROS

(II)

como en todo simulacro
 si apenas vibró la adrenalina
 y era saltar a la nada
 hacerse padre de la certeza
 el recitar de memoria
 las líneas de la mano
 saber ser parte de la trama
 esa que burla
 las mejores intenciones

como en todo simulacro
 se ataron los cabos
 no se perdió la calma
 y ya es hora
 de ir armando
 las salidas las escaleras
 de escapar
 de la fabulosa costumbre
 de creemos todo

GÜLLERMINA TSCHOPP

SIN EMBARGO

Quiero ser el fantasma
 que se despierta
 cuando me miro
 Ser la luz
 que se evapora
 en su silencio
 El moretón de la palabra
 de voces confundidas
 entre rieles de vientos
 La sombra de la transparencia
 sobre las manos que murmuran
 su desteñida ficción

Todo se pierde
 antes de ser nombrado

Sin embargo
 Prefiero llorar
 en la espalda del nombre

SANDRA SOLEDAD SILVA

No sentí la sombra,
ni la sed.
Tan oscura cuando no hay sol en el naciente.
Tal vez porque como fantasma no existía,
No la vi caer,
ni la tomé.

No sentí el dolor de mi garganta,
ni pude gritar.
Tan agudo como el grito cuando es hacia adentro,
tal vez porque en el silencio se extingüía,
no lo vi nacer
sino morir.

No sentí el agua
ni la lágrima.
Tan pura cuando no hay lluvia en el alma.
Tal vez porque como torrente sucumbe.
No la vi caer
y la bebí.

LIDIA BENAS MIORINI

EXILIADO

está lloviendo
llora
la ciudad del exilio

llora
lejos del abrigo
sepultura
donde el círculo se cierra

montaña
con llagas de piedra
punzantes
monstruos apresados

de pasiones
como compases vivos
acorde agrio
del piano envejecido

inamovibles permanecen
el pez en la prisión del mar
el deseo que late
la muerte que aprieta



LUCIANA PORCHIETTO

SUBURBIO

(Premio José Cibils 1996)

Quizás en el centro
el alma explote
casi artificial
o los candiles del día
fosforezcan sin los filtros de la duda
o los gritos de la noche
se cuelguen como águilas
de los violines

entonces
yo ando
por mis aceras alternativas
sin rípidos

afortunadamente
el alma
también
tiene suburbios.

ENRIQUE GALLEGO

LA TRAMA Y EL REVES

(de su libro "Sacudiendo el árbol del patio trasero",
Premio Municipal Felipe Aldana 1996)

La mujer que duerme desnuda
nos afecta los sentidos.
Tiene nuestra historia entre sus dedos
Cuando la vemos en la húmeda mañana
entre astillas de sábanas
nos recuerda el implacable amor.
Descubriéndola en la noche pisando estrellas
entendemos lo vacío que queda nuestro mejor cielo.
Y estamos indeciblemente afectados
nos causa impresión la mujer desnuda que descansa.
Es la pura y concentrada medicina que cauteriza
una mano desenredando la maraña
el silencio de una red
esperando en lo profundo.

EUSEBIO MAIDAGAN

Me vi enfrente mio
mirando la lluvia
pensar era ridículo
sólo había que estar allí
No servía para nada
mentira, si servía para nada
Mentira
era suficiente solamente
Eso era todo



EDITH HOLAKOWICS

Sigan hablando, continúen.
No importa si existe la lógica,
no importa que sean palabras huecas,
no importa que sean pensamientos.
Sigan hablando, continúen,
más fuerte, como sea,
pero sigan vivificando la palabra.
No. No necesito un monólogo.
Le tengo miedo al silencio.

ADRIANA RODRIGUEZ SIBUET

EQUILIBRIOS

(de su nuevo libro "Algunas casas heredan gatos")

I
Despierto jardín en primavera.
Los pájaros celebran
aromas de frutos verdes.

II
Bajo la lluvia
la lluvia de los pétalos
rojos
que la fuente no silencia.
Los colibríes renuevan cada gota
y toda flor.

III
La tardeluz
háxgono abrazado al árbol
péndulo sideral hacia la noche
forzado arco iris
hasta alcanzar la aurora.

MARCELO AMARILLO

Amar la locura de los sabios
nos lleva a repetir las acciones
por miedo a equivocarse
Amar la locura de amar,
nos pone torpes y felices
entendiendo sus miedos
Amar es cosa de gente entendida.

La pasión de los mares adormece
mis labios y suaviza tu mirada
La pasión de tus deseos
combina los colores del arcoiris
y hace llover lágrimas de alegría
La pasión me quiero llevar
y de amor yo quiero nacer.

VIVIANA O'CONNELL

Y llegarás algún día,
libertarás mi mente
se la arrancarás al sueño que me encierra;
y se diluirá entonces,
mi cárcel en la nada
y mis barrotes líquidos serán
de metal quemante.
Me abrazarán entonces las horas,
y dejaré correr la vida,
como sangre oscura derramada.
Apoyaré mi adusta mente,
en el futuro.
Y dejaré que se pierda
mi olvido en el pasado.
Sueños, pesadillas,
Atrás quedarán, y un río manso las arrastrará,
por los extensos caudales de mi mundo.
Y yo seré así;
sólo silencios.
Y yo seré así
como voz hueca del espacio;
que calla pero habla,
que siente pero su rigidez
ignora.
Y yo seré así,
distinta,
creada inconclusa,
sin pasado ni futuro.
Sólo mujer...

ELEONORA LARUMBE

LEJANA

Ronda el amanecer sobre las lunas del naciente
y anticipa su luz sobre cierto firmamento,
sobre cierta sombra en cuyo centro invento
tu lento porvenir, arduo, indiferente.

El primero. El ávido cristal de la mañana
veía flotar en su reflejo opalescente
la callada sugestión, y la demente
soledad de tu imagen minúscula, lejana.

Condenado a la vigilia, tu artificio retumba sobre la oscura
luz de mis insomnios infinitos,
y algo de tu imagen que aún perdura

urde las formas de tu rostro adverso,
y trama su horror en los reflejos
del último cristal, el universo.



FEDERICO TINIVELLA

Hola
la página se ha ido
estoy triste
quisiera que hablemos
del inicio
ahora que todo
ha terminado
del surco de baba
que el labio labró
cuando las piezas escindidas
sangraban
y de los dedos
solo palabras
hola
la página se ha ido
quisiera que mojemos
las piezas
estoy triste
ahora que el libro
me raja el ojo.

ESTRELLA QUINTEROS

LAS PASADAS VOCES

Puede acontecer
que las pasadas voces no regresen
Y esperarlas de por si
sumar penumbra
Nadie podrá develar
esa razón que han tenido
en la no complacencia
en la no lucha
esterior que nadie derriba.

Solamente mi aplomo
podrá darles alcance
en la tarde que sube
que abandona el sol
Entonces
indómitas de espumas
en aromas de pasados ramos
han de pronunciar sobre mi
tanto fulgor inolvidable

MARIA CECILIA DI GIOIA

Una piel me respira
Una piel me viste al desnudarse

Vertical Paranoica
Presume la muerte del silencio
Quebra las versiones del abismo

Una piel
llegada de memona.
Exiliada Autista

Camarada de un pulso inaugural
que carcome las huellas dactilares

Una piel
sangra el simulacro
que algun poeta necio
rapto, hace tiempo,
de la caja de Pandora

JOSE DALONSO

LA CASA DE PABLO NERUDA

en Chile fuimos a la casa
de neruda,
hubo que viajar desde El Quisco,
pueblito marino, hasta
la conocida isla negra.
nos cobraron entrada
-no se si saben que existe una fundación
llamada pablo neruda-
y nos permitieron deambular por
una casa
como es obvio
habia japoneses
habia alemanes o daneses
-es muy difícil distinguirlos-
y deambulamos.
parece que neruda
coleccionaba cosas
caracoles, mascararas, mascarones
de proa
-hubo uno que nos asusto
mucho-
y que era medio meticuloso
y algo pedante
de disfrazaba de barman para atender a sus
amigos.
daba campanadas para que el pueblo se
enterase que habia regresado a isla negra,
y se habia hecho traer un caballo de papel mache
tamaño natural
desde ternuco -al sur-
al cual le construyo una habitacion
para él solito
un verdadero pelotudo.
amen de sus poemas
que cada uno leera
donde le plazca y hara
con ellos lo que se le cante
Salimos de la casa de neruda
no pudimos vencer la tentacion
de traemos fotos y folletos
y subimos a la ruta
en el colectivo que
nos regresaba a El Quisco
No pudimos dejar de pensar,
que grande era neruda.
ante nuestra pequeñez iletrada



PABLO SCAPINI

Del XIX al XX
del sur para arriba
desde mi hacia ti
de aquél a nosotros
de la sangre al torrente
Todo en mi mano
abarcando apenas
unos centímetros
de papel sin memoria

Levantemos entonces
todas las baldosas
una por una
Dibujemos con picos
largas grietas
sobre el repetido asfalto
Seamos los que esperan
que alguna mañana
la ciudad exude
el olor
de la tierra húmeda

ANDREA OCAMPO

XCII

Debajo del tatuaje
no hay mas piel
ni nada que contenga
el ansia de tu sangre
siempre en fuga
hasta aceptarme copa
de mi propio destino
con el soslayable
pasado esquivo
y un futuro
escandaloso

XIV

Que me marea
y quema
tu lente prismado
bajo cuál palabra decir
y no equivocarte
ni con qué pincelada
desdibujarr los poros
y cubrime
de herrumbre o musgos
en defensa de mi misma,
si ante tus ojos
acerados
lo espontáneo es delator.



AMANDA RODRIGUEZ

HABLANDO DE LOS SUEÑOS

Yo he tenido cuidado con mis sueños
con los propios y los de mis abuelos
Para que estén sin polvo los protejo
con opacos cristales y aureos lienzos.
Cuando invento un detalle es una fiesta,
mezclo risas, pasiones, los renuevo.
Llega apenas la noche y los "modernos"
comienzan a vivir con mis delirios.
Al cuarto irrumpen devorando libros,
se hamacan en las luces y cortinas,
bañan sobre el reborde del ropero.
Se deslizan desde el vértice al cimiente
en todos los trajes de la historia.
Otras veces se enredan en locuras
volcánicas, profundas, enuditas.
Cuando llega la aurora, sosegados,
por sorpresa en silencio los embolso
y ordenados los dejo en el cerebro.
Otra vez contaré sobre los sueños
audaces, heredados de mis muertos.

HERNAN CALECA

CUATRO PAREDES

Entre cuatro paredes
amamos, vivimos y lloramos,
entre cuatro paredes
permanecemos encerrados
mientras nuestra imaginación
nos deja liberarnos, volar,
pero sólo por un momento,
entre cuatro paredes
estudiamos, dormimos,
almorzamos y sufrimos,
entre cuatro paredes
absurdas y cómplices
te amé aquella primera vez.

entre cuatro paredes
y bajo un hermético techo
trabajamos y criamos
a nuestros inquietantes hijos,
nuestras oficinas, baños,
dormitorios y desengaños
se forman de cuatro paredes
y nunca nadie se atreve
ese mito modificar,
que lleva miles de años existiendo
como si fuera una ley
imposible de desafiar

entre cuatro paredes escribo mis poesías
y entre cuatro pareces alguien las leerá,
cuatro paredes y sus respectivos ángulos
estructuran nuestras vidas,
escriben nuestra historia
y la de la humanidad,
el faraón descansa en su tumba
de cuatro paredes,
Lenon componía sus canciones
entre cuatro inspiradoras paredes
y entre cuatro tristes
e inolvidables paredes de un hospital
lloré a mi mejor amigo que ya no está

a veces pienso que si Dios existe
tal vez planifique nuestras vidas
entre cuatro blancas
e interminables paredes,
entre cuatro paredes
construimos nuestros sueños
difíciles pero no imposibles de realizar
y no nos sorprendamos
si un día descubrimos
que el alma y el corazón
se encuentran encerrados
entre cuatro mágicas paredes de cristal.



Juan Pablo
Furiasse
COFFEUR

3 DE FEBRERO 1387 - 041-493452 - 2000 ROSARIO

EL PASILLO



FOTOCOPIAS
Entre Ríos 785
2000 Rosario

AMPLIACIONES
REDUCCIONES
ENCUADERNACIONES
COPIAS LASER COLOR
CARTA A/4 \$ 130
OFICIO \$ 150
A3 \$ 250

HORARIO
9 a 21 hs.

FOTOCOPIAS PARA ESTUDIANTES

FOTOGRAFIA & FILMACIONES

Omar Najle

ojo de AVE
PRODUCCIONES

edición en video - titulado y audio digital
San Lorenzo 2256 041-258566


PROFESORA EN LENGUA Y LITERATURA

SUSANA CAUZILLO USANDIZAGA

- Encuentros individuales y grupales
- Lectura compartida
- Creatividad
- Corrección

Pje. Rosales 94
(9 de Julio al 2100)
Tel. 408610

fotocopias color -
blanco y negro
copias plásticas
arte y diseño
impresiones
remeras impresas
...y mucho más



EXTRA QUALITY
Centro de
Soluciones Gráficas

ENTRE RÍOS 763 - TEL/FAX (041) 493086 - 2000 ROSARIO



Betrice

cafetería - bar
comidas rápidas
ENTRE RÍOS 791 - ROSARIO
☎ 264962

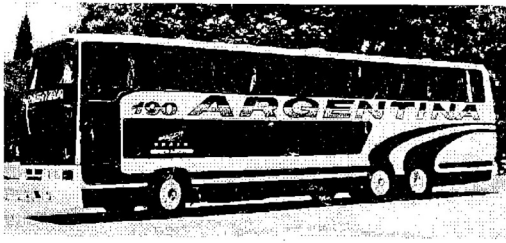
Clases Particulares
en Informática
Marcelo Scaravilli
Tel. 485314

DANIEL PERRETTA
PSICÓLOGO
Mat. 1579

Psiconálisis - Psicosomática
Tel. 713232 - 2000 Rosario

LIBRERIA
Logos

Entre Ríos 789
Tel. 259352 - 2000 Rosario



EMPRESA ARGENTINA

de servicios públicos s.a. de t.a.

*Un estilo de viajar que terminó
con una vieja costumbre*

BUENOS AIRES - LA PLATA - MAR DEL PLATA

- 13 SERVICIOS DIARIOS DIRECTOS A RETIRO
- 3 SERVICIOS DIARIOS A MAR DEL PLATA
- 5 SERVICIOS DIARIOS INTERMEDIA A LINIERS
- 8 SERVICIOS DIARIOS DIRECTOS A LA PLATA

VENTANILLA 4 - ESTACIÓN DE ÓMNIBUS MARIANO MORENO
RESERVAS AL TEL. 302298 - 394398

FM TL 105

siempre
94.5
ROSARIO

**SECRETARIA DE CULTURA Y EDUCACION
MUNICIPALIDAD DE ROSARIO**



CULTURA DE LA PROVINCIA DE SANTA FE



Gobernador: Ing. Jorge Obeid
Mtro. de Educ.: Prof. Ma. Rosa Stanoevich
Sub-Séc. de Cult.: D. Enrique Llopis
Deleg. Zona Centro Sur: D. Gerardo Rico
Dir. Pcial. de Gestión Cult.: Lic. R. Bertone

**POR UNA CULTURA PARA TODOS
"ROSARIO, CAPITAL NACIONAL DE LA CULTURA"**